



LUKE PEARSON - STEPHEN DAVIES

# HILDA

Y EL ESPACIO DE LA NADA



Hilda ya forma parte de los Gorriones Exploradores y está decidida a hacerse con su primera insignia. Pero aunque lleva intentándolo desde hace tiempo, no hay manera de lograrla... ¡y esta noche es la última oportunidad para conseguirla!

Sin embargo, no va a ser una misión nada fácil: tiene que encontrar un sabueso negro que acecha la ciudad y nadie sabe de dónde ha salido... ¿Conseguirá dar con él y resolver el misterio?



Luke Pearson & Stephen Davies

# Hilda y el espacio de la nada

ePub r1.0  
Titivillus 25.04.2020

Título original: *Hilda and the Nowhere Space*  
Luke Pearson & Stephen Davies, 2019  
Traducción: Noemí Sobregués Arias  
Ilustraciones: Seaerra Miller

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



# SÉPTIMO

# ANIVERSÁRIO

epublicre



Proyecto Scriptorium/más libros, más libres



DIARIO DEL EXPLORADOR

GORRIÓN







# 1



Las motos iban zumbando de un lado a otro. Los coches pasaban por la calle a toda velocidad. Una niña con el pelo azul avanzaba deprisa por la acera de vuelta a casa después de haber hecho la compra. Llevaba una enorme bolsa llena de pepinos apoyada en el pecho. Mientras caminaba, el corazón se le llenó de emoción y cantó a voz en cuello:

*Iremos de acampada,  
iremos de acampada,  
montaremos una tienda,  
encenderemos una hoguera  
y huiremos de los trolls en desbandada.*

Un niño pálido iba detrás de ella con una bolsa en cada mano y un bicho en la cabeza. Al oír lo de los trolls, palideció aún más.

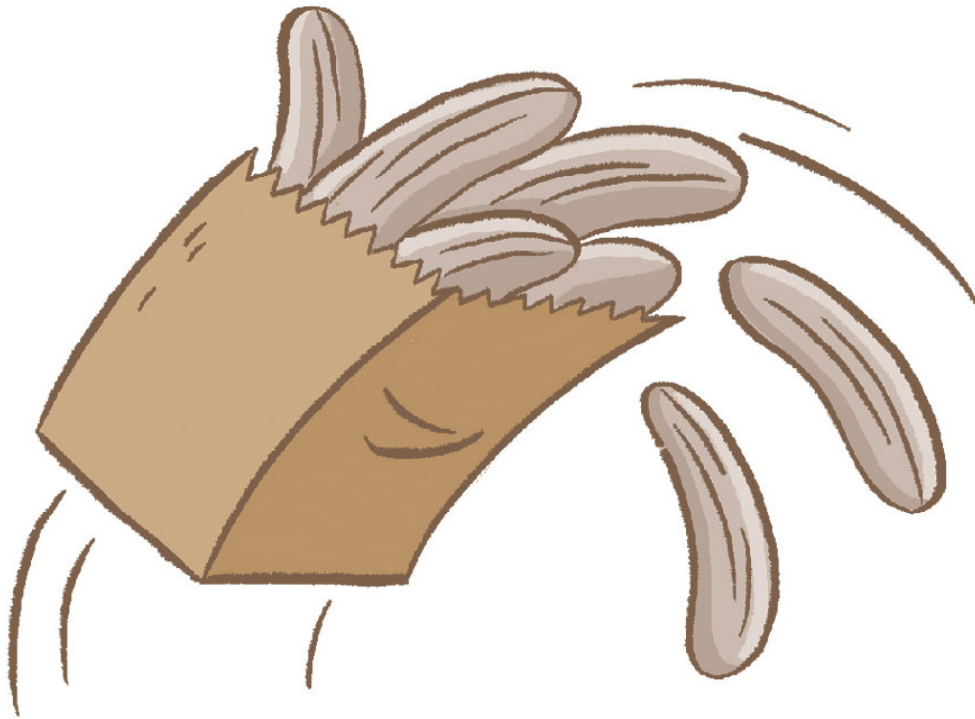
—Hilda, cállate —le dijo entre dientes—. No deberías bromear con estas cosas.

—Y tú no deberías preocuparte tanto, David —le contestó Hilda—. En cualquier momento podemos vivir experiencias traumáticas, pero preocuparse no sirve de nada.

Dicho esto, bajó de la acera a la carretera, justo delante de un autobús.

—¡Hilda!

David corrió y tiró de ella justo a tiempo.



El autobús rozó la nariz de la niña y le arrancó de los brazos la bolsa de la compra. Hilda cayó de espaldas en la acera y observó cómo los cientos de coches que pasaban pulverizaban sus preciosos pepinos.

—No pasa nada —dijo—. Tengo muchos más en la mochila.

Hacía seis meses, ella y su madre, que vivían en el campo, se habían trasladado a Trolberg, y a Hilda aún le costaba acostumbrarse a la vida en la ciudad. Los coches pasaban a toda velocidad y hacían ruido. Las personas pasaban a toda velocidad y hacían ruido. Hasta el río Björg, que atraviesa la ciudad, pasaba a toda velocidad y hacía ruido. Era complicado encontrar un momento de paz en algún sitio. Una de las razones por las que Hilda estaba tan emocionada con la acampada de aquella noche era que el campamento estaba en un gran bosque a las afueras de la ciudad. Allí, Hilda podría al menos imaginarse que estaba en el campo.

Se levantó y se sacudió la ropa. En cuanto el semáforo se puso en verde, los dos niños cruzaron la carretera y siguieron por la otra acera, con el local de los exploradores a su derecha. Hilda levantó la cabeza y vio la bandera de color rojo intenso de los Gorriones Exploradores ondeando en lo más alto del asta.

Unirse a los Gorriones Exploradores había sido idea de su madre, por supuesto. Su madre había sido exploradora de niña y le encantaba la idea de que Hilda siguiera sus pasos. Cada martes por la noche, cuando Hilda volvía del local de los Gorriones Exploradores, la primera pregunta de su madre era siempre la misma: «¿Ya has ganado alguna insignia, cariño?». Y la respuesta de Hilda también era siempre la misma: «Aún no, mamá, pero estoy segura de que pronto conseguiré una».

Lo que no le decía era que ya había intentado conseguir doce insignias, pero no lo había logrado. Se había perdido mientras intentaba conseguir la insignia de equitación, y otra vez con la de orientación, y de nuevo con la de búsqueda y rescate. Se había quemado con la de cocina y se había hecho un corte en el brazo con la de tallar madera. (Intentó coserse el corte ella misma, con la esperanza de conseguir la insignia de primeros auxilios, pero la ambulancia llegó antes de que hubiera terminado).

En cuanto Hilda salió del hospital, se apuntó para conseguir las insignias de habilidades circenses y mantenimiento de coches, pero la cuervo líder la borró de las dos listas y la apuntó a la de seguridad vial, seguridad contra incendios y otras tres seguridades. Hilda hizo lo posible por conseguir las cinco insignias, pero resultó que la seguridad no era su fuerte.

La última insignia que había perdido había sido la de amiga del parque. Trabajó dos días enteros con sus amigos Frida y David limpiando la maleza de Gorrill Gardens, pero resultó que los extraños matorrales con forma de cebolla en realidad no eran maleza, sino vittra, amables criaturas con forma de bulbo que hibernaban al sol del verano. Cuando Hilda descubrió la verdad, ya se habían llevado a los vittra al Centro de Compost y Abono de Trolberg, donde avanzaban en una cinta transportadora hacia las cuchillas de la gran trituradora. Hilda, Frida y David tuvieron que correr para rescatar a las pobres criaturas antes de que las convirtieran en abono. Consiguieron rescatarlas, pero perdieron la insignia.



Ahora nada de todo aquello importaba, por supuesto. En la acampada de esa noche Hilda conseguiría su primera insignia —la de acampada—, y después todo era posible.

Sonrió y aceleró el paso jugando a la rayuela en las baldosas de la acera.

—No corras tanto —se quejó David—. Hemos andado kilómetros. Estas bolsas van a arrancarme los brazos. No entiendo por qué no hemos traído las bicis.

—Andar es bueno —le contestó Hilda.

—No si se te caen los brazos por el camino.

—Mi bici es nueva —le dijo Hilda—. No quiero que se ensucie.

Como en realidad Hilda no creía que David aceptara esta excusa, se preparó para recibir su respuesta sarcástica. Pero David no dijo nada.

Cuando Hilda se giró, extrañada, vio que su amigo se había parado junto a un quiosco. Estaba mirando la portada del *Diario de Trolberg*, con la cara aún más pálida que antes. El titular decía:

«¡HORROR EN EL MUELLE!, VISTO UN SABUESO NEGRO EN EL PUERTO DE TROLBERG».

—No hagas caso —le dijo Hilda—. Es solo un rumor tonto para vender periódicos.

—¿De verdad? —David señaló la foto de debajo del titular—. ¿Y esto qué es?

La foto, un tanto borrosa, mostraba una enorme silueta negra agazapada detrás de un contenedor del muelle.

—No es nada —le contestó Hilda—. Solo es la sombra del contenedor.

—¿Una sombra con orejas?

—Sí —le dijo Hilda—. Bueno, no. Seguramente una mosca muerta se quedó pegada en el objetivo de la cámara. Venga, vamos.

Tiró de la manga de David, pero el niño se quedó clavado donde estaba, mirando el periódico.

—Es aterrador —le dijo David—. ¿Crees que la cuervo líder cancelará la acampada cuando vea las noticias?

—Claro que no —le contestó Hilda—. Llevamos semanas preparándola.

—¿Y si la cancela?

Hilda tragó saliva.

—Si la cancela, perderé mi última oportunidad de conseguir una insignia de los Gorriones Exploradores, y mi madre descubrirá el viernes, en la ceremonia de entrega de insignias, que su hija es una inútil.

—¿Crees que tu madre se sentirá decepcionada si no consigues ninguna insignia?

—¿Decepcionada? —le preguntó Hilda—. No, no se sentirá decepcionada. Se quedará totalmente hundida.



## 2



En la esquina de la calle de Hilda había una zona cubierta de maleza, y justo en medio, encima de la hojarasca, estaba sentada una gran bola peluda con una nariz enorme. Tenía ramas y hojas pegadas al pelo, y su ropa era marrón como la tierra.

Hilda se detuvo.

—Hola —le dijo.

La bola peluda levantó la cabeza y miró a Hilda. Al menos, parecía que la miraba. El pelo le tapaba totalmente los ojos.

—Sigue andando, Hilda —murmuró David en voz muy baja—. Por lo que más quieras, no hables con él.

—Hablaré con quien yo quiera —le contestó la niña, muy convencida. Entonces se giró hacia la criatura—. Buenos días, *cara peluda*. Qué buen tiempo hace, ¿verdad?

—Un poco frío para mí, en realidad —le dijo la bola peluda—. Pero no estoy acostumbrado a estar en la calle. Me han expulsado de mi casa, ya

ves.

—¡Pobrecillo! —exclamó Hilda—. Espera, ¿qué eres exactamente?

—¿Qué soy? —La bola de pelo suspiró—. Soy un alma en pena, con un montón de problemas y sin una estrella amiga que guíe mi camino. Eso es lo que soy.

David tiró de Hilda.

—Es un espíritu del hogar —le dijo—. También los llaman nisses. Los nisses viven en las casas de la gente y normalmente son invisibles. Si a este lo han expulsado, será por una buena razón. Debe de haber hecho algo MALÍSIMO.

—Parece que tiene hambre, ¿no crees? —dijo Hilda haciendo caso omiso de los consejos de su amigo—. Creo que le daré un pepino.

—No —le insistió David—. No deberías hablarle, Hilda, y desde luego no deberías darle pepinos ni ningún otro tipo de comida. Los espíritus del hogar roban y dicen mentiras para que los compadezcamos.

Hilda miró a su amigo, no se creía lo que estaba oyendo.

—David, el juramento de los Gorriones Exploradores dice que tenemos que ser amigos de todas las personas, animales y espíritus, y que debemos hacer algo bueno cada día. Le voy a dar a este espíritu del hogar un pepino tanto si te gusta como si no, y luego voy a ver qué más puedo hacer por él.

David se encogió de hombros y siguió andando.

—¡Haz lo que quieras! —le gritó—. ¡Nos vemos en el campamento, a no ser que esa pobre alma en pena te robe todo lo que tienes y te tire por un pozo!

En cuanto David se hubo marchado, Hilda cogió un pepino de la mochila y se lo ofreció al espíritu del hogar.

El nisse aceptó el regalo de Hilda, pero no le dio las gracias.

—Un pepino sin sal es como una casa sin espíritu del hogar: soso y aburrido —comentó suspirando.

—En casa tenemos un montón de sal —le dijo Hilda—. Si quieres, ven conmigo.

Cinco minutos después, Hilda y el nisse subían juntos los tres tramos de escalones que conducían al piso de la niña. A Hilda le encantaba hacerse amiga de criaturas mágicas y aprender cómo vivían. De momento había descubierto que su nuevo amigo se llamaba Tantú y que hasta entonces vivía en una planta baja cerca del puente Bronstad. Mientras andaban, el nisse intentaba explicarle algo llamado «espacio de la nada», pero por más que Hilda se concentraba, no terminaba de entenderlo.

La niña se detuvo en el piso número 5 y abrió la puerta.

—¿Hay alguien en casa? —gritó—. ¿Mamá? ¿Twig?

Su madre todavía estaba en el trabajo, pero el zorro ciervo de Hilda sí estaba en casa. Llegó al pasillo saltando, aullando y gruñendo. Era una bola de pelo blanco con cuernos puntiagudos.

—¡Twig, tranquilo! —le gritó Hilda—. Tantú es nuestro invitado.

Twig dejó de mordisquear los tobillos del nisse, pero siguió mirándolo con muy mala cara.

—El comedor está por ahí —le dijo Hilda señalándoselo—. Ve y ponte cómodo, que voy a buscar la sal.

Tantú entró en el comedor, pero, al cabo de tan solo un minuto, cuando Hilda llegó con el salero, no vio al nisse por ninguna parte.

Miró detrás del sofá y debajo de la mesa.

Buscó dentro del reloj de su abuelo y en la mesa de dibujo de su madre.

Incluso se metió en la chimenea para ver si estaba dentro.

Nada.

—¡Tantú! —gritó—. ¿Dónde estás?

Una mano asomó por detrás de la estantería y la saludó. Hilda la miró fijamente. Detrás de aquella estantería no había espacio ni para la nariz del

nisse, así que mucho menos para su gran cuerpo redondo.

—¿Eres tú, Tantú? —le preguntó Hilda—. ¿Qué demonios haces ahí?

—Estoy inspeccionando vuestro espacio de la nada.

La voz de Tantú se oía extrañamente lejana.

—¿Puedes mostrármelo? —le preguntó Hilda llena de curiosidad.

La mano desapareció y se produjo un largo e incómodo silencio, como si el nisse se resistiera a invitar a una humana a entrar en el espacio de la nada. Pero cuando Hilda estaba a punto de perder la esperanza, la mano volvió a aparecer y le indicó con un gesto que se acercara.

Hilda extendió el brazo y cogió de la mano al nisse. Sintió un rápido y breve tirón, y una extraña sensación en el estómago, como si estuviera cayendo al vacío. El comedor empezó a dar vueltas y se plegó sobre ella como un paraguas roto.



# 3



Hilda se encontró de repente en un túnel de paredes oscilantes totalmente lleno de cosas. Había monedas, llaves, fichas de juegos, listas de la compra, pilas, cepillos y decenas de bolígrafos sin tapa tirados por el suelo. Alrededor de las paredes oscilantes había libros de texto y libros de cocina apilados, pantallas de lámpara, hojas de sierra, bombillas, cables, bolas de Navidad y calcetines sueltos.

Mientras Hilda jadeaba y se pellizcaba, Tantú abrió los brazos y dio unas cuantas vueltas sobre sí mismo como un director de circo dando la bienvenida a su espectáculo.

—¡Bienvenida al espacio de la nada! —gritó—. La suma total de todos los espacios no utilizados u olvidados de tu casa. ¡Cada hueco y cada grieta!

Hilda miró a su alrededor con cautela.

—Así que todo lo que se pierde debajo del sofá o se cae detrás de algún mueble... ¿acaba aquí?

—Exacto.

Hilda recogió una boina del suelo del túnel.

—¡Anda! Me preguntaba dónde había ido a parar... —dijo—. ¡Y aquí están mis deberes de mates del último trimestre! Le dije a la señorita Hallgrim que habían desaparecido, pero no me creyó.

Siguió andando y moviendo la cabeza sin podérselo creer.

Tantú corrió hasta ella.

—¿No olvidas algo? —le preguntó mostrándole el pepino.

—Toma.

Hilda le pasó el salero.

El techo y las paredes del espacio de la nada estaban cubiertos de extraños agujeros brillantes. Hilda se puso de puntillas para mirar por uno de ellos y, para su sorpresa, descubrió la montaña de perchas del armario de su habitación. Otro agujero conducía al cajón de los cubiertos de la cocina, y otro a la maraña de cables de detrás del mueble de la tele. Hilda volvió a mirar el espacio de la nada y se sintió extrañamente mareada.

—No te preocupes —le dijo Tantú con la boca llena de pepino—. Te acostumbrarás.

La niña pasó un dedo por un tocadiscos lleno de polvo.

—Todas estas cosas no pueden ser nuestras —le dijo—. Solo hace seis meses que vivimos aquí.

El nisse se encogió de hombros.

—Algunas seguramente eran de las personas que vivían aquí antes.

—Me duele la cabeza. —Hilda se dejó caer en un sillón muy feo de color marrón—. ¿Cómo demonios puede caerse un sillón por la parte de atrás de un sofá?

—No puede. Pero si no se utiliza una cosa durante mucho tiempo, o a los dueños no les gusta, el espíritu del hogar da por sentado que se la regalas.

Hilda lo miró fijamente.

—¿Quieres decir que hay un... que tengo un... que tenemos un...?

—¿Un espíritu del hogar en vuestra casa? —gritó una voz furiosa desde el otro extremo del túnel—. ¡Claro que sí! ¡Todo el mundo tiene uno!

De detrás de una aspiradora averiada salió otro nisse narigudo. Este era totalmente calvo y llevaba una bufanda amarilla y un jersey de punto rojo.

—¡Oye! ¡Esa bufanda es mía! —le gritó Hilda—. ¡Y ese jersey rojo es mi segundo jersey favorito!

El espíritu del hogar calvo no contestó. Miraba a Tantú resoplando. Se agachó, cogió una escoba y se abalanzó sobre él.

Tantú corrió hacia el agujero más cercano, pero el nisse furioso inclinó la escoba y lo hizo tropezar. Las llaves, las monedas y los bolis sin tapa tintineaban y crujían mientras los dos espíritus del hogar rodaban por el suelo forcejeando y arañándose.

—¿Cómo te atreves a invadir mi espacio de la nada? —gruñó el airado espíritu del hogar.

—AAAH... UFFF... EEEH —contestó Tantú.

—¡Oye, Calvito! —le gritó Hilda—. ¡Déjalo en paz! —Tiró de un extremo de la bufanda amarilla y separó a los espíritus—. ¿No podemos sentarnos los tres y...? Oye, ¿adónde vas?

Tantú había salido corriendo a través del túnel y se había lanzado de cabeza por el agujero brillante que conducía al armario de Hilda.

El nisse calvo se retorció para liberarse de la bufanda y corrió tras él. Los sonidos amortiguados de la batalla se desplazaron de la habitación al pasillo, y del pasillo al comedor.



Hilda corrió hacia el agujero del sofá y asomó la cabeza entre dos gruesos cojines. Justo allí, delante de ella, Twig, Tantú y Calvito se perseguían dando vueltas y más vueltas alrededor de la mesita de centro.

—¡Chicos, por favor! —gritó Hilda—. ¡La violencia no soluciona nada!

El zorro ciervo se detuvo, pero los espíritus del hogar siguieron peleándose y persiguiéndose, y llenaron la moqueta de cucharillas, tazas y libros ilustrados.

Hilda metió una mano entre los cojines y se agarró a un brazo del sofá. ¿Cuántas veces había hurgado en ese mismo hueco en busca de una lista de la compra o la ficha de un juego que se le había perdido? Ni en sus sueños más locos se habría imaginado que un día sacaría la mano desde dentro de aquel hueco.

Los espíritus del hogar se metieron detrás de un armario con bebidas y luego salieron por la chimenea. Twig parpadeó y se cayó de lado. Los nisses corrieron por el sofá y dejaron los cojines de color verde lima llenos de pisadas de hollín.

—¡HEY! —gritó Hilda—. ¡ME HABÉIS PISADO LA CABEZA!

Hilda se retorció, tiró con todas sus fuerzas y consiguió salir del espacio de la nada y volver al espacio normal. Se liberó como una mariposa de un



capullo mientras a su alrededor seguía la persecución. Los dos nises entraban por un armario y salían por un cajón, entraban por una estantería y salían por una puerta, y no mostraban signos de cansancio. Volaron cubos de la basura. Cayeron estantes. Una lechera de porcelana se estrelló contra la chimenea.

—¡BASTA! —gritó Hilda.

Calvito tenía en la mano una manzana mohosa que debía de haber cogido en el espacio de la nada.

—¡Cómetela! —gritó lanzándosela a Tantú.

La manzana no llegó a su objetivo, sino a una foto enmarcada de la madre de Hilda que estaba en la pared junto a la puerta de la calle.

En ese momento se abrió la puerta y apareció la madre de Hilda.

Hilda, Twig y Tantú se quedaron inmóviles. La foto enmarcada se cayó de la pared y se estrelló a los pies de la madre de Hilda.

—¿Qué demonios ha pasado aquí?

Su voz era grave y amenazante.

—Hola, mamá —la saludó Hilda—. No te lo vas a creer...

Antes de que Hilda hubiera podido terminar la frase, la mirada de su madre se posó en Tantú.

—¡FUERA DE MI CASA! —le gritó.

—Me voy —le contestó Tantú, y salió.

Hilda miró a derecha e izquierda. No vio a Calvito por ninguna parte.

# 4



Hilda barría y ordenaba el comedor sin dejar de parlotear, intentando describir a su madre el misterio del espacio de la nada.

—Bueno —le dijo haciendo por fin una pausa para respirar—. ¿Qué te parece?

Su madre levantó la mirada del recogedor y de la escoba.

—Me parece que estás castigada toda la semana.

—Pero... pero... ¡No puedes castigarme! Si no voy a la acampada esta noche, no conseguiré mi insignia de acampada.

Hilda hizo pucheros e intentó abrir mucho ojos y poner cara de pena.

—Sabes que esa cara no te funciona conmigo —le contestó su madre, aunque era obvio que quería la insignia de acampada tanto como su hija—. Está bien —le dijo por fin—. No voy a castigarte. Pero de ahora en adelante quiero que te centres más en las insignias y menos en las criaturas. ¿Está claro?

—Totalmente —le contestó Hilda abrazándola.

Cuando terminaron de ordenar el comedor, entraron en la cocina.

—He comprado pepinos, como me pediste. —Hilda cogió su mochila y volcó el contenido en la encimera—. He perdido la mitad en un incidente con un autobús, pero creo que con estos debería bastar.

Su madre se quedó boquiabierta al ver el montón de pepinos.

—Sí —le contestó en voz baja—. Con estos debería bastar.

Sonó el teléfono y su madre fue a contestar. Hilda se quedó en la cocina e hizo una pila enorme de sándwiches de pepino.

—Era la cuervo líder —le dijo su madre al volver—. Tres niños no van a ir a la acampada. Sus padres han leído una tontería en el periódico y se han puesto nerviosos. Algo sobre un perro salvaje suelto.

—¿El sabueso negro?

—Sí. La cuervo líder cree que esa historia es absurda, y estoy de acuerdo con ella.

—¿Y no va a cancelar la excursión?

—Claro que no.

Hilda saltó de alegría y fue a preparar la mochila. Encontró la lista del material que necesitaba y fue tachando las cosas a medida que las iba guardando.

## LISTA DE MATERIAL

-SACO DE DORMIR

-TIENDA



-SÁNDWICHES  
DE PEPINO

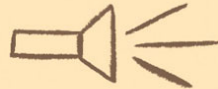
-LIBRETA

Y  
LÁPIZ

-LIBRO

-MAPA Y BRÚJULA

-LINTERNA



-TAZA



-CERILLAS

—Tu mochila es casi tan grande como tú —le dijo su madre—. ¿Estás segura de que puedes levantarla?

—Sin problemas —le contestó Hilda.

Se arrodilló, pasó los brazos por las correas de los hombros, se inclinó hacia delante y se quedó a cuatro patas con la mochila a la espalda.

—Pareces una tortuga. ¿Es que no puedes levantarte?

—En un minuto me levanto —gruñó Hilda—. Solo estoy recuperando el aliento.

—¿Has metido el cepillo de dientes?

—No lo necesito. Esta noche pienso utilizar la punta de una ramita de abedul plateado para cepillarme los dientes.

—Voy a buscar tu cepillo de dientes —le dijo su madre suspirando—. Y ropa de recambio, por si llueve.

El campamento estaba a las afueras de Trolberg, a un cuarto de hora en coche desde su casa. Mientras su madre conducía, Hilda leía su nuevo libro de la biblioteca, *BOSQUES Y SUS ANTIPÁTICOS HABITANTES*, de su escritor favorito, Emil Gammelplassen. Acababa de llegar a un aterrador capítulo titulado «Trece razones por las que no debes acercarte a un árbol hueco» cuando su madre pegó un grito desgarrador.

Hilda se sobresaltó y se le cayó el libro.

—¡Mamá! ¿Qué pasa?

Su madre paró el coche y estiró el cuello mirando una montaña rocosa situada al oeste.

—Creía que había visto algo. —Parpadeó y se protegió los ojos del sol—. No, no es nada. Una zarzamora, solo eso. Perdona que te haya asustado, Hilda.

—Tranquila —le contestó ella.

Pero no siguió leyendo. Durante el resto del camino hasta el campamento miró por la ventanilla con cautela.

El Campamento Gorrión estaba en un claro del bosque, justo al lado de la muralla de la ciudad, con las laderas del monte Har alzándose al otro lado. En las copas de los árboles cantaban los pajarillos. Los grillos zumbaban y chasqueaban en la hierba. Un halcón abejero planeaba en las alturas.

—Qué sitio tan tranquilo —le dijo su madre suspirando—. Me recuerda a nuestra vida en el campo, antes de que nos mudáramos a Trolberg.

Justo en ese momento, Frida corrió hacia el coche señalando su reloj de pulsera. Llevaba una chaqueta de safari verde oliva con decenas de bolsillos con botones.

—Hilda, llegas tarde —le dijo—. Tenemos que montar la tienda ahora mismo. Solo faltan diez minutos para que pasen a inspeccionarlas.

Hilda sacó su gigantesca mochila del maletero resoplando y jadeando.

—Nos vemos mañana —le gritó su madre desde el asiento del conductor—. Pasadlo bien... y cuidaos entre vosotros.

En medio del campamento habían colocado troncos en círculo, delante de las tiendas. Como los demás exploradores ya habían cogido los mejores sitios, Hilda y Frida montaron su tienda en un extremo del claro, junto al bosque oscuro.

Lo habían practicado muchas veces, así que las dos sabían lo que tenían que hacer. Clavaron las piquetas en las esquinas del suelo, metieron los palos y aseguraron los vientos.

—¡Deprisa! —exclamó Frida—. Clava esa última piqueta en el suelo. La cuervo líder está empezando a inspeccionar las tiendas.

Hilda tensó el último viento. Colocó la piqueta y la clavó con el mazo.

—¡Ay! —Un vittra enfadado surgió del suelo con la piqueta hundida profundamente en su cabeza con forma de bulbo—. ¡Uy! —gritó huyendo tan deprisa como le permitían sus pequeñas piernas.

El viento se tensó y el vittra con la piqueta en la cabeza siguió corriendo, pero no llegó a ningún sitio.

La pequeña criatura con forma de bulbo era más fuerte de lo que parecía. Los vientos se retorcieron y crujieron, y algunas piquetas saltaron por los aires. La tienda de campaña cedió y se desplomó.

—Pobre criatura —murmuró Hilda.

Cogió al vittra, le arrancó la piqueta de la cabeza y lo soltó. El vittra agitó su pequeño puño hacia ella, se dio media vuelta y saltó a un agujero.

—¡Inspección de la tienda! —gritó la cuervo líder acercándose a Hilda y a Frida.

—Oh, no —gimió Hilda.

La cuervo líder observó la maraña de cuerdas y lona. Se giró hacia las niñas, que se habían quedado pálidas.

—Me temo que por mi parte es un no —les dijo.



# 5



A Hilda se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó—. ¿Nos hemos quedado sin la insignia de acampada?

—Aún no —dijo la cuervo líder—. Pero un fallo más y la perderéis definitivamente, ¿está claro?

Frida, muy contenta, hizo el saludo de los Gorriones Exploradores.

—Sí, cuervo líder. Gracias, cuervo líder.

—No quiero problemas con vosotras esta noche.

—No, cuervo líder.

—En cuanto hayáis montado la tienda, id al bosque a buscar ramas secas para la hoguera.

—No, cuervo líder. Quiero decir, sí, cuervo líder.

La cuervo líder se dirigió al siguiente grupo. Hilda sujetó la tienda mientras Frida volvía a clavar las piquetas en el suelo.



—Tienes que reconocer que el incidente con el vittra no ha sido culpa mía —le dijo Hilda.

Frida no contestó, pero a Hilda le dio la impresión de que golpeaba las piquetas con más fuerza que antes.

En cuanto la tienda estuvo montada, las niñas se adentraron en el bosque para recoger ramas. Al principio las anémonas de bosque les llegaban al tobillo, pero a medida que la vegetación se volvía más densa, las flores disminuían hasta desaparecer.

—Debemos escuchar a los pájaros carpinteros —dijo Hilda—. Los árboles muertos están plagados de escarabajos, ¿sabes?, y a los pájaros carpinteros les encantan los escarabajos.

Efectivamente, enseguida un *tap-tap-tap* las llevó a un árbol caído en el que un pájaro carpintero, un bonito pájaro negro con una cresta de color escarlata, comía escarabajos.

—¿Te importa que me una a ti? —le preguntó Hilda arrancando un trozo de madera seca del árbol.

Al rato sujetaba en los brazos una pila de troncos y ramas para la hoguera.

Frida estaba mirando la brújula, buscando el mejor camino para volver al campamento, cuando de repente vio una luz entre los árboles.

—Mira, Hilda —le dijo—. Alguien ha hecho una hoguera en el bosque. Vamos a ver quién es.

Se dirigieron a la luz y llegaron a una pequeña hoguera debajo de un árbol. Una bola peluda con una enorme nariz estaba sentada frente al fuego.

—¡Tantú! —exclamó Hilda.

El nisse levantó la mirada sorprendido.

—Ah, eres tú —dijo—. Y ahora hay dos como tú.

—Yo no soy ella —se apresuró a decir Frida—. Puedo prometértelo.

Hilda se acercó a Tantú y le preguntó:

—¿Qué estás haciendo aquí, en el bosque?

El nisse chasqueó la lengua.

—He venido aquí porque creí que nadie me molestaría preguntándome qué estoy haciendo aquí.

Frida tiró de la manga de Hilda.

—No hables con él —le susurró—. He oído que los espíritus del hogar son malos y mentirosos...

—Sí, yo también lo he oído —le contestó Hilda. Se agachó junto a la hoguera y miró hacia donde suponía que debían de estar los ojos de la bola de pelo—. Tantú, ¿estás bien?

Tantú levantó la cabeza.

—Muerto de hambre y de frío. Por lo demás, genial.

—¿Por qué no vuelves al espacio de la nada?

—Porque estoy en la calle. Meterse en el espacio de la nada cuando estás en la calle es peligroso.

—¿Por qué?

—¿Has oído hablar de la paradoja Ehrenfest?

—No.

—Entonces no lo entenderás.

Frida empezaba a impacientarse.

—Vamos, Hilda. Tenemos que volver con los demás. Estarán preguntándose dónde estamos.

—Un minuto —le dijo Hilda.

De repente Frida se dio cuenta de lo que estaba haciendo su amiga.

—¡Hilda, esa leña es nuestra! Hemos tardado un siglo en recogerla. Que busque él mismo su leña si quiere calentarse.

Hilda no le hizo caso y siguió construyendo una pirámide de ramas alrededor de la llama parpadeante de Tantú. Cuando la hoguera empezó a arder adecuadamente, colocó tres grandes troncos alrededor del fuego.

—Listo —dijo incorporándose—. Así estarás calentito una hora o dos. Y tengo un montón de sándwiches de pepino en la mochila, en el campamento... Ricos y con sal, como te gustan. Luego te traeré unos cuantos.

Hilda y Frida fueron a buscar más leña del árbol muerto, y luego regresaron al campamento. Pronto estuvieron sentadas alrededor de la hoguera con los demás gorriones exploradores, comiéndose sus sándwiches y bebiendo chocolate caliente en tazas esmaltadas.



—¡Ha llegado el momento de cantar canciones de miedo! —exclamó un jefe de los exploradores.

Cogió su guitarra y animó a todos a cantar «El rey rata en el puerto», y después «En pleno bosque de huldras».

David se acercó y se sentó al lado de Hilda. Fingía disfrutar de las canciones, pero ella veía que estaba muy asustado.

Hilda levantó la mano para pedir una canción tranquila, «¿Has visto alguna vez a un gigante por aquí?», pero el que tocaba la guitarra no le hizo caso y empezó a tocar otra canción terrorífica. Esta vez era una que había compuesto él mismo y que se titulaba «Me está devorando un enorme sabueso negro».

Los niños se partieron de risa con la canción, menos David, por supuesto, que tuvo que inclinarse hacia delante y sujetarse las rodillas para que no le temblaran.

*Oe, oe, oe,  
se me ha tragado el dedo del pie...  
Ay, chilla, chilla,  
que ya va por la rodilla.*

—Voy a tener pesadillas —susurró David a Hilda.

—Intenta pasártelo bien —le contestó ella también entre susurros—. Sabes que solo es una canción, ¿verdad?

—Lo sé. —David parecía a punto de llorar—. Hilda, la verdad es que esta semana he tenido pesadillas cada noche. No sé cómo acabar con ellas.

*Qué locura, qué locura,  
que ya va por la cintura...  
Me espanta, me espanta,  
que ya va por la garganta.*

—¿Qué tipo de pesadillas? —le susurró Hilda.

—Túneles —le contestó David—. Reyes rata. Monstruos. Trolls. Cosas así.

*Qué fiereza, qué fiereza,  
se me ha tragado la...*

Los niños tragaron saliva y se echaron a reír.

—¡Ya está bien de tonterías por esta noche! —dijo la cuervo líder riéndose entre dientes—. ¡Todo el mundo a dormir!

Los exploradores gimieron decepcionados, pero querían conseguir la insignia de acampada, así que nadie se quejó y se dieron las buenas noches.

Pronto los ruidos de los niños cepillándose los dientes y escupiendo la pasta de dientes se mezclaron con el zumbido de los grillos en la maleza.

Hilda se metió en su saco de dormir.

—Buenas noches, Frida —susurró.

—Buenas noches. —Frida parecía contenta—. Por cierto, bien hecho.

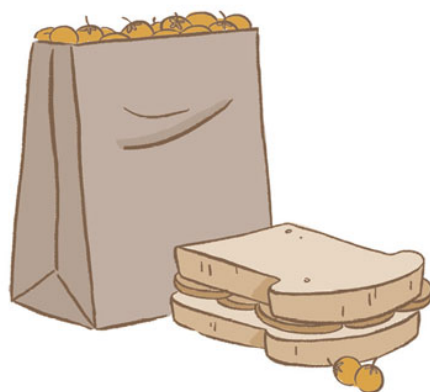
—Bien hecho, ¿por qué?

—Por ganar tu primera insignia —le contestó Frida—. Lo único que tienes que hacer es dormir hasta mañana, y la insignia de acampada es tuya.

—Sí, sí —le dijo Hilda—. Fácil.

Pero aunque Hilda deseaba desesperadamente aquella insignia, no tenía intención de dormir hasta la mañana siguiente. Había hecho una promesa. A los pies de su saco de dormir había una caja de sándwiches de pepino que tenía que llevar a un espíritu del hogar hambriento en lo más profundo del bosque.

# 6



Hilda cogió la brújula, la linterna y los sándwiches, luego salió sigilosamente de la tienda y cruzó el campamento corriendo medio agachada hasta meterse en el bosque. Entonces encendió la linterna y avanzó en dirección suroeste intentando no romper ramitas con los pies. No debía despertar a los demás gorriones exploradores.

Hilda se detuvo.

¿El campamento de Tantú estaba al suroeste o al sureste? Creía que al suroeste, pero ahora ya no estaba tan segura.

A la luz de la linterna, las ramas se veían extrañas y retorcidas, como tentáculos monstruosos. Por todos lados se abrían huecos oscuros. Hilda deseó que Twig estuviera con ella. También deseó no haber leído el capítulo «Trece razones por las que no debes acercarte a un árbol hueco», del libro de Emil Gammelplassen.

De repente vio un destello titilante entre los árboles.

—¡Tantú!

Hilda aceleró el paso y apartó las largas ramas que le impedían avanzar. El claro estaba justo delante. Tantú se pondría muy contento al ver aquella enorme pila de sándwiches de pepino, por no mencionar la bolsa de avellanas y bayas de serbal.

Hilda estaba a punto de llegar al claro cuando oyó una voz. La voz y las palabras que dijo hicieron que se le helara la sangre.

—Cuando la cabeza de David se desprendió de su cuerpo y cayó gritando por la ladera de la montaña, el niño se dio cuenta de que su cabeza rodaba directamente hacia...

Hilda retrocedió, horrorizada, y se agachó detrás de un tocón. Se le puso la piel de gallina en la nuca y los brazos.

—¿Hacia dónde rodaba la cabeza? —preguntó otra voz—. ¿Hacia un túnel de vittra? ¿Hacia el caldero de una bruja? ¡Vamos, dínoslo!

Hilda levantó despacio la cabeza y miró por encima del tocón.

En el espacio abierto que tenía delante vio a unas doce chicas sentadas con las piernas cruzadas alrededor de una hoguera. Estaban inclinadas hacia delante para escuchar mejor a la que hablaba. La inquietante luz del fuego les iluminaba la barbilla y los pómulos.

La chica que estaba contando la historia esbozó una sonrisa malvada que pareció dividirle la cara en dos.

—¡Su cabeza rodaba hacia la boca de un troll! —exclamó.

—¡Genial! —gritó otra voz.

—La pesadilla perfecta —exclamó otra chica, muy emocionada.

—¡Ja, ja, ja, eres la marra más malvada del mundo!

¿Qué es una marra?, se preguntó Hilda. Nunca había oído hablar de algo así.

La hoguera de las chicas crepitó y explotó. Entre las llamas aparecieron unas formas verdes y violetas.

Criaturas monstruosas.

Dedos con garras.

Ojos muy abiertos que miraban fijamente.

—¿Y luego qué pasó? —preguntó una chica con el pelo liso—. ¿Ese tal David se despertó?

—No. —La chica que estaba contando la historia sonrió—. Solo se puso a dar vueltas, dormido, y a gimotear, así.

La chica giró la cabeza a un lado y a otro y gimió en voz baja para deleite de sus compañeras.

A Hilda le hirvió la sangre. David llevaba semanas con pesadillas y resultaba que aquella chica era la responsable. ¿Qué tipo de magia negra permitía que una chica humana provocara pesadillas a otras personas?

Hilda dejó la brújula, la linterna y los sándwiches en el suelo, al lado del tocón. Se tumbó boca abajo y se arrastró por la hierba alta para intentar ver mejor a la chica que estaba contando la historia. Había algo raro en ella, en sus ojos...

La chica misteriosa levantó una mano para pedir silencio.

—Basta de lo de ayer —dijo—. Ayer ya es pasado. Ayer es historia. Esta noche voy a provocarle a David una pesadilla tan escalofriante que temerá... volver... a... cerrar... los... ojos.

Abrió los ojos fingiendo miedo y en ese momento Hilda cayó en la cuenta de lo que le parecía raro de aquella chica. Sus ojos desprendían un macabro resplandor verde.

La chica de los ojos verdes señaló hacia el este, hacia un hueco entre las copas de los árboles, donde una gran nube de bordes plateados flotaba en el cielo.

—Bonita noche para una pesadilla —anunció a sus compañeras—. ¡Mirad, ha salido la luna!

La nube se alejó, y en el cielo apareció la luna llena más grande que Hilda había visto en su vida, una enorme perla luminosa suspendida en el



cielo.

Qué bonita, pensó Hilda.

Y entonces, horrorizada, se dio cuenta de que no lo había pensado. Lo había dicho en voz alta.

Al instante, trece caras espantosas se giraron hacia ella.

Hilda apretó el cuerpo contra la hierba. Cerró los ojos con fuerza y contuvo la respiración. Se quedó así un momento.

—¡Qué tonta! —gritó una voz alegre—. Cerrando los ojos no evitas que te veamos. No funciona así.

Hilda abrió un ojo. La hierba a su alrededor —en realidad de todo el claro— estaba bañada por la luz plateada de la luna.

—¿Es un reflejo de la luna llena o de verdad tiene el pelo azul? —preguntó otra voz.

Hilda, aturdida y mareada de miedo, se levantó y se enfrentó al malvado grupo.

—He oído lo que estabais diciendo —les dijo con voz temblorosa—. Lo he oído todo, y creo que sois... Creo que sois muy malas.

Las chicas de las pesadillas se burlaron y se rieron. Se levantaron y se dirigieron hacia Hilda con una sonrisa espantosa.

—Largaos —les dijo ella temblando.

Para su sorpresa, las chicas hicieron exactamente lo que les había dicho. Se detuvieron, la miraron con los ojos muy abiertos y se esfumaron.

Hilda se quedó allí, aturdida.

Uau, pensó. Nunca había causado este efecto en nadie. Quizá estas chicas han vislumbrado mi fuerza interior. Quizá se han dado cuenta de que han encontrado la horma de su zapato.

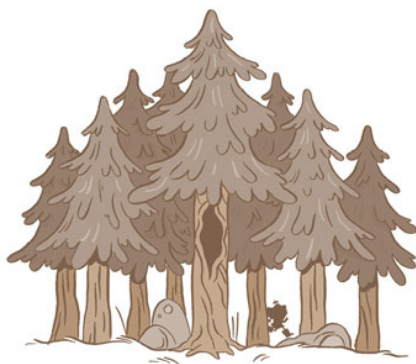
Hilda sonrió y se sacudió una hoja del jersey. *Debe de ser lo que llaman un momento de madurez, pensó. Si puedo intimidar con la mirada a trece chicas malvadas, estoy preparada para enfrentarme a cualquier cosa.*

Algo se movió detrás de ella. Hilda se giró e instantáneamente entendió la verdadera razón por la que las chicas de las pesadillas se habían ido corriendo. Ante ella estaba la bestia más grande, más negra y más monstruosa que había visto en su vida. Sus ojos desprendían destellos rojos a la luz de la luna. Babeaba. Sus músculos se tensaron, listos para saltar.

—¡AAAAAAH! —gritó Hilda—. ¡¡¡EL SABUESO NEGRO!!!



# 7



El sabueso negro se inclinó hacia la niña con las fosas nasales dilatadas. Luego abrió las mandíbulas y saltó hacia delante.

Hilda estaba preparada. Se tiró al suelo, rodó por debajo de la barriga de la bestia y se levantó al otro lado. Cogió la caja de sándwiches y dispersó el contenido por el suelo.

—¡Toma! —gritó mientras la bestia se giraba—. Espero que te gusten los sándwiches de pepino.

El sabueso negro devoró los sándwiches en diez segundos y volvió a centrar su atención en Hilda. Avanzó hacia ella lamiéndose las mandíbulas y gruñendo desde lo más profundo de su garganta.

Hilda dio media vuelta y echó a correr por el bosque. Ya no tenía la brújula, así que no sabía qué dirección tomar. Orientarse nunca había sido su fuerte.

El perro galopó detrás de ella, cada vez más cerca. Hilda no tenía manera de escapar. Lo tenía casi encima. Sentía su aliento putrefacto en la nuca.

Se acabó, pensó. Adiós, dulce mundo.

Y entonces vio un árbol hueco.

Hilda no lo dudó. Se metió en el hueco del árbol y se encogió en la oscuridad. A Emil Gammelplassen no le habría parecido bien, pero a Emil Gammelplassen nunca le había perseguido un monstruo sediento de sangre del tamaño de un *bungalow*.





El perro sacó las garras y arañó la corteza del árbol. Metió el hocico en el agujero todo lo que pudo y abrió la mandíbula con rabia. Hilda sintió que le trepaban por la pierna al menos tres bichos repugnantes, pero no le importó. Lo único que le importaba en ese momento era mantenerse lo más alejada posible de las fauces babosas del diabólico sabueso.

Le dio la impresión de que pasaba horas en el hueco del árbol. Se preguntó qué hora sería. ¿Las doce de la noche? ¿Se habría marchado el sabueso negro?

Al final se decidió a huir. Salió del árbol. Se alejó de puntillas. Un paso. Dos pasos. Tres pasos...

Una ramita crujió.

Hilda tragó saliva. El perro la había engañado. Había estado esperando a que saliera. Hilda se giró para volver corriendo al agujero, pero tropezó con la raíz de un árbol y se cayó al suelo.

—¡No me comas! —gritó Hilda tapándose la cara—. ¡No estoy preparada para morir! ¡Aún no tengo ninguna insignia!

—Por supuesto que no —le contestó una voz familiar—. Y si crees que vas a conseguir la de acampada después de haberte escapado, no puedes estar más equivocada.

La luz de una linterna deslumbró a Hilda.

—¡Cuervo líder! —gritó—. Me alegro mucho de verte. ¡Y Frida! ¿Has venido tú también?

—Sí, he venido —le contestó Frida—, y solo quiero asegurarte que ahora estás a salvo, Hilda. Tu calvario ha terminado. Todo irá bien.

La cuervo líder dirigió la linterna a la ropa sucia y el pelo alborotado de Hilda.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó boquiabierta.

—¡El sabueso negro! —gritó Hilda—. Lo he visto. Me ha perseguido. Está en el bosque.

La cuervo líder la miró fijamente.

—Si te lo estás inventando...

—No, te lo juro.

—Tanto si está el sabueso como si no —dijo Frida—, todo irá bien, te lo prometo.

Hilda frunció el ceño.

—Frida, ¿por qué hablas tan raro?

—Quiero ganar la insignia de ayuda en emergencias —le contestó su amiga—. Me he dado cuenta de que te habías ido, he dado la alarma y ahora estoy tranquilizando a la víctima en el escenario de la emergencia.

—Pues deja de tranquilizarme —le replicó Hilda—. Me asustas aún más.

Un misterioso aullido canino cortó el aire. Era imposible saber a qué distancia se había producido y en qué dirección.

—Pensándolo bien —dijo Hilda—, puedes seguir tranquilizándome... para que consigas la insignia, claro.

La cuervo líder las guio de vuelta al Campamento Gorrión y empezó una evacuación de emergencia. Mientras los aturdidos exploradores desmontaban las tiendas y metían sus cosas en la mochila, ella llamó a sus padres para que fueran a recogerlos.

—No es culpa vuestra —dijo la cuervo líder a los exploradores—, así que no os preocupéis, recibiréis todos las insignias de acampada.

Una exclamación somnolienta llenó el aire del Campamento Gorrión.

—Todos menos una —añadió mirando a Hilda.

La tarde siguiente, Hilda se encontró con Frida y David en la biblioteca municipal de Trolberg. El niño bostezaba y tenía oscuras ojeras.

—¿Otra vez pesadillas? —le preguntó Hilda.

—Peores que nunca —le contestó David—. Me has dicho por teléfono que quizá sabías a qué se deben.



—Lo sé —le dijo Hilda—. Te las provoca... ¡una chica!

¡PLAF! Un grueso libro aterrizó en su mesa. Hilda levantó la mirada y vio a la bibliotecaria en una escalera con ruedas.

—De nada —sonrió la bibliotecaria dándose impulso y rodando por el pasillo. Su capa negra volaba detrás de ella.

Hilda miró el libro. El título estaba grabado en letras doradas sobre una cubierta negra: *Cuentos de marras*.

—Sí, es este —murmuró Hilda.

Pasaron las páginas del libro. Estaba lleno de ilustraciones a lápiz de chicas con el pelo liso muy parecidas a las que Hilda había visto en el bosque.

—«Las marras son espíritus de las pesadillas» —leyó Hilda—. «Visitan a los humanos por las noches, cuando duermen, y convierten sus miedos en pesadillas».

—Mira —dijo Frida—. Aquí dice que las marras te dejarán tranquilo si te atas a la cama con un cinturón de cuero.

—Imposible —dijo David—. Me dan miedo los cinturones de cuero.

Frida pasó una página y siguió leyendo.

—Dice que la marra espera a que te duermas, entra en tu habitación por el ojo de la cerradura, se cierne sobre tu cama y te lanza la pesadilla. Uf, lo que dice este libro basta para tener pesadillas.

Hilda se mordió el labio. Se le estaba ocurriendo una idea, una idea tan loca que era imposible que no funcionara.

—Oye, David —le dijo—. ¿Al lado de tu ventana hay un árbol?

—No.

—¿Una cañería?

David asintió.

—Sí, estoy seguro de que hay una cañería.



Esa tarde, Hilda le preguntó a su madre si Frida y ella podían dormir en la tienda de campaña.

—Os ha gustado eso de acampar, ¿eh? —rio.

Los padres de Frida también estuvieron de acuerdo, así que después de cenar las niñas montaron la tienda en el jardín de Frida. Luego dieron las buenas noches a la madre de Frida, se metieron en los sacos de dormir y esperaron a que las luces de la casa se apagasen.

Entonces las dos amigas salieron de los sacos vestidas y encendieron la linterna para leer el plan por última vez.

### PLANES PARA DERROTAR A LA MARRA

H = Hilda; F = Frida; D = David;

A = Alfur; M = Marra

7:30 H y F salen de la tienda de H y van a casa de D.

- 7:35 D baja por la cañería y va a esperar a la tienda de H.
- 7:37 H y F suben por la cañería y entran en la habitación de D.
- 7:40 H ata una pequeña hamaca en el pomo de la puerta.
- 7:41 H coloca a A en la hamaca.
- 7:42 F se mete en el saco de dormir debajo de la mesa, atada con un cinturón de cuero.
- 7:43 H se mete en la cama de D.
- ?:?? M entra en la habitación de D por el ojo de la cerradura y tira a A al suelo.
- ?:?? A despierta a F.
- ?:?? F ata a M con el cinturón de cuero.
- ?:?? H le pega la bronca a M.
- ?:?? M llora y promete ser buena.
- ?:?? H, F, D, A y M viven felices para siempre.



Cuando terminaron de leer, Hilda sonreía de oreja a oreja y Frida fruncía el ceño como un perro arrugado.

—Es muy complicado —se quejó Frida—. Hay muchas cosas que pueden salir mal.

—Deja de preocuparte —le dijo Hilda—. Alfur no cree que el plan sea muy complicado, ¿verdad, Alfur? ¿Verdad, Alfur? Alfur, ¿estás aquí? Te gusta mi plan, ¿verdad, Alfur?

El elfo, que estaba en la oreja de Hilda, carraspeó. Dudaba.

—No tenemos otro —dijo por fin.

Frida no pareció tranquilizarse, pero ya eran las siete y media, hora de ponerse en marcha. Salieron de la tienda y se escabulleron por un hueco del seto hasta una calle oscura.

—Por aquí —susurró Frida—. Seguidme.

Enseguida estaban delante de la casa de David, mirando la ventana de su habitación.

A las siete y treinta y cinco en punto, David abrió la ventana, se deslizó por la cañería y aterrizó suavemente en el suelo.

—Muchas gracias —susurró David—. Buena suerte con la marra.

Cuando Hilda vivía en el campo, pasaba mucho tiempo trepando a los árboles, y aquella cañería era como el tronco liso de un arce. Colocó las manos detrás de la cañería, pegó la suela de los zapatos contra la pared y trepó hasta la ventana en medio minuto. Frida la siguió, y se ayudaron una a otra a entrar en la habitación de David. Hilda se sacó del bolsillo una pequeña hamaca que había hecho ella misma y la ató al pomo de la puerta, a la altura del ojo de la cerradura.

—Ponte cómodo, Alfur —dijo colocando delicadamente al elfo en la hamaca—. ¿Estás seguro de que la marra no te verá?



—Seguro —le contestó Alfur—. Ningún espíritu de las pesadillas ha firmado el formulario para poder ver a los elfos, y tenemos la intención de que así siga siendo.

El saco de dormir de David estaba debajo de la mesa. Frida se metió dentro y se ató con un cinturón de cuero. Hilda apagó la luz, se metió en la cama y se tapó la cabeza con las mantas.

—De momento, todo bien —susurró Frida—. Dulces sueños a los dos.

Hilda cerró los ojos, acurrucó la cabeza en la almohada e hizo lo que hacía siempre cuando quería quedarse dormida rápidamente. Se imaginó su antigua casa en el campo, una pequeña cabaña roja rodeada de montañas cubiertas de nieve. Se imaginó bosques y llanuras, cascadas y ríos. Se imaginó a sí misma corriendo bajo un cielo azul infinito, con su mochila de aventuras colgada a la espalda y su fiel zorro ciervo blanco pisándole los talones.

—Mi querido Twig —murmuró—. Me alegro mucho de tenerte conmigo.

El zorro ciervo la miró y gruñó. Hilda se quedó boquiabierta. Los ojos de Twig desprendían un resplandor verde, como las chicas a las que había visto en el bosque.

—¡AJÁ! —exclamó Frida—. ¡Te tengo!

Hilda se sentó en la cama y encendió la luz de la mesita. La marra estaba flotando en el aire por encima de ella. Sus ojos se encontraron, y la malvada sonrisa de la marra se convirtió en una mueca de asombro.

—¡No eres David! —gritó—. Eres la niña del bosque. ¿Qué haces en la cama de David?

—Engañarte —le contestó Hilda retirando las mantas—. Y ahora tú y yo vamos a tener una conversación.

La marra quiso huir, pero no llegó muy lejos. Alfur había despertado a Frida, exactamente como habían planeado, y Frida había atado el cinturón

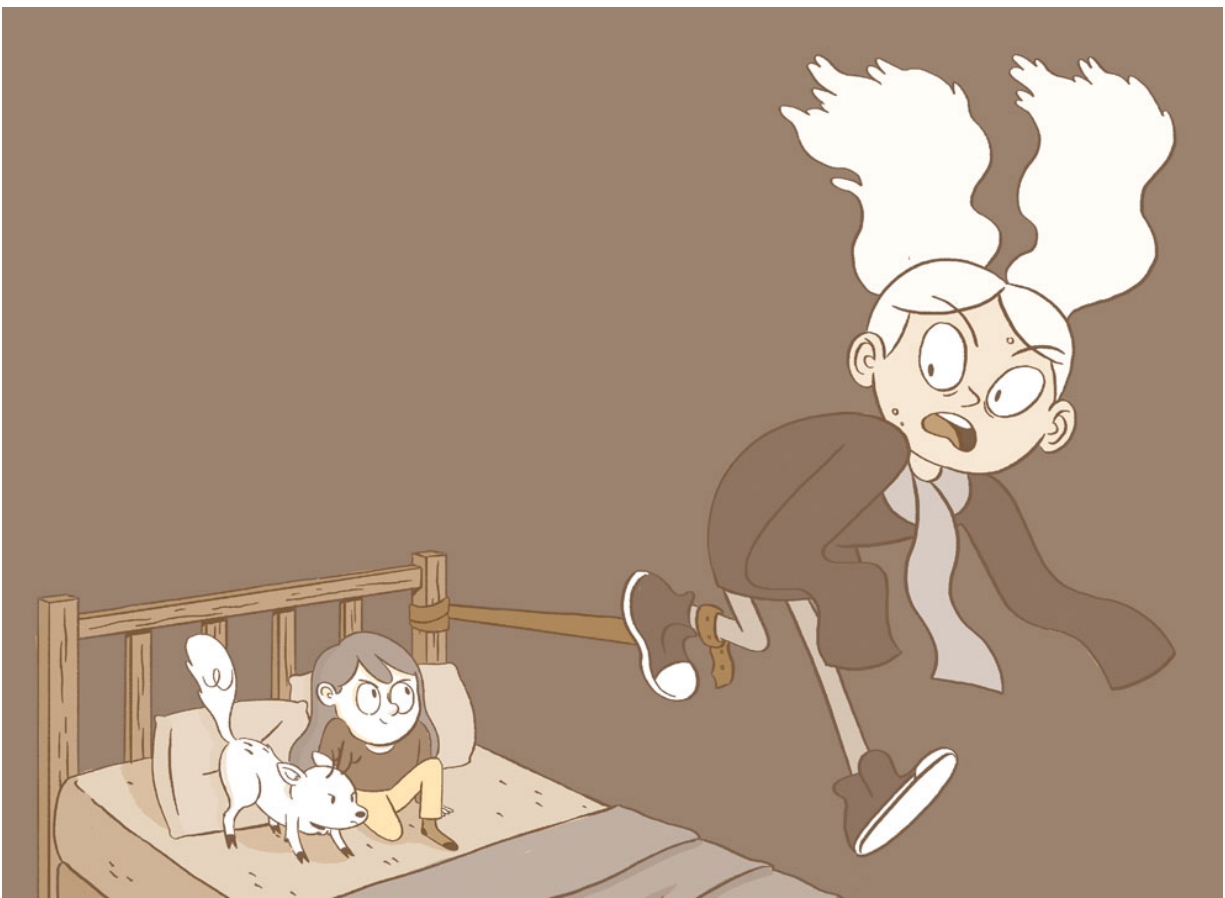
de cuero alrededor del tobillo del espíritu de las pesadillas. El otro extremo del cinturón estaba anudado con fuerza a una pata de la cama.

La marra chilló furiosa.

—¡Soltadme! ¡No soporto el contacto del cuero en mi piel de espíritu!

—Cállate —le dijo Hilda—. Te soltaremos enseguida, en cuanto hayas prometido que dejarás de provocarle pesadillas a David.

—¡No! —le contestó la marra—. A las chicas les encantan las pesadillas de David, y a mí también.



—Pero para él son terribles.

—Genial.

—Le estás destrozando la vida.

—Lo sé.

—Pero... —Hilda echó un vistazo al portapapeles de Frida, donde habían escrito el plan, que estaba en la mesita—. Ahora se suponía que tenías que llorar y prometer ser buena.

—Lo siento, pero no.

La marra sonrió.

Hilda y Frida se miraron. Necesitaban otro plan inmediatamente.

Hilda desató el cinturón de la pata de la cama de David.

—Tienes razón —dijo suspirando—. Deberías seguir provocándole pesadillas a David. Está a tu nivel.

—¿A mi nivel? —La marra frunció el ceño—. ¿Estás insultándome?

—Claro que no. —Hilda desató el cinturón del tobillo de la marra—. Solo me sorprende que no elijas a una víctima más desafiante, eso es todo. Sabes por qué tus amigas se reían ayer en el bosque, ¿verdad?

—¡Pues claro! Se reían porque les contaba que a David se le caía la cabeza y rodaba montaña abajo hasta...

—No, no era por eso. Se reían de ti, porque siempre eliges el mismo objetivo fácil. Es muy fácil asustar a un gato asustado, ¿verdad?

Los ojos de la marra brillaron.

—Cierra el pico, niña. Lo que hago no es fácil.

—Si tú lo dices. —Hilda sonrió—. Puedes marcharte, por cierto. El ojo de la cerradura está por ahí.

La marra no se marchó. Se quedó donde estaba, flotando por encima de Hilda, frunciendo el ceño y tartamudeando.

—¿Quieres que elija un objetivo más desafiante? ¿De verdad? ¿Eso es lo que quieres? ¿Y qué te parece si te elijo a TÍ, niña? ¿Qué te parece si lanzo una bonita pesadilla a TU pequeño cerebro?

Hilda se encogió de hombros y bostezó.

—Puedes intentarlo, supongo. Con una condición.

—¿Cuál?



—De ahora en adelante dejarás en paz a David.



Hilda se tumbó en la cama de David y cerró los ojos. Se imaginó a sí misma corriendo bajo un cielo azul infinito, con su mochila de aventuras colgada a la espalda y el valiente Twig pisándole los talones. Se imaginó a sí misma corriendo por la ladera del monte Bota en dirección oeste, hacia una pequeña cabaña roja. En las ventanas de la cabaña brillaba una luz anaranjada. Su madre debía de haber encendido la chimenea.

—¡Hola, mamá, ya estoy en casa! —gritó Hilda entrando por la puerta y quitándose las botas.

La casa estaba calentita, y un maravilloso aroma a jengibre, nuez moscada y comino flotaba en el aire.

—¡Hilda! —Su madre se levantó de la mesa—. ¡Están entrando arañas!

Hilda miró hacia la puerta abierta. Un ejército de tarántulas estaba entrando en la cabaña y se dispersaba por los tablones de madera. Algunas

treparon rápidamente por las patas de la mesa del comedor. Otras escalaron al sofá y a la tele. Y otras subieron por los vaqueros y el jersey de la niña.

—¡No pasa nada, mamá! —Hilda cogió un frasco y empezó a meter en él arañas peludas—. ¡Puedo incluirlas en mi colección de insectos! Quizá me den una insignia de los Gorriones Exploradores.

Las brillantes y extrañas pupilas de su madre se dilataron de sorpresa.

—¿No te dan miedo las tarántulas?

—La verdad es que no —le contestó Hilda—. Son tan feas que hasta tienen su encanto.

Hilda se las arregló para meter todas las arañas en un solo frasco de mermelada. Le pegó una etiqueta que decía TARÁNTULAS y lo subió a su habitación.

—Te he dicho que yo sería un objetivo más desafiante —susurró.

Twig estaba sentado en el alféizar de la habitación, gruñendo suavemente. No miró el frasco de tarántulas. Estaba observando algo fuera. Tocó con una pata el cristal de la ventana y su cola empezó a temblar.

—¿Qué te pasa, pequeño? —le preguntó la niña—. ¿Qué estás viendo?

Hilda abrió la ventana y se asomó.

De repente, una enorme mano la agarró por la cintura. Sintió que la sacaba de la habitación y la elevaba por los aires, con las piernas colgando, sin que pudiera resistirse.

—Mmm —dijo una voz profunda—. Serás un delicioso aperitivo.

Hilda levantó la mirada y vio a un gigante del bosque de ojos brillantes.

—Qué raro... —dijo Hilda—. En su libro BOSQUES Y SUS ANTIPÁTICOS HABITANTES, Emil Gammelplassen parece convencido de que los gigantes del bosque no se comen a las personas. ¿Estás probando cosas nuevas porque has caído en la rutina? ¿Quieres que hablemos?

Se soltó del gigante y trepó hasta su cara para verlo de cerca. Sus ojos eran como cristales de color verde. A través de ellos Hilda veía a la chica

mirándola fijamente.

—¿Qué te da miedo a ti, niña loca?

La chica miró a Hilda entrecerrando los ojos, pero justo entonces el gigante la agarró con un enorme puño y la lanzó con todas sus fuerzas.

—¡UO! —gritó Hilda volando por los aires—. ¡OF! —aulló al aterrizar en un woff que pasaba por allí.

Había algo raro en aquel woff. Aunque estaba subida encima de él, Hilda veía el brillo radiante de sus ojos.

—Interesante —dijo la niña en voz alta—. «Uo-of» suena muy parecido a «woff». ¿De ahí viene vuestro nombre? ¡Apuesto a que sí!

El woff se volvió loco, le elevó por los aires y dio sacudidas. Hilda apretó las piernas contra la criatura y se aferró al pelo de la nuca. No podía evitar reírse. Luego se inclinó hacia delante y le susurró al oído:

—¿De verdad esto es lo mejor que sabes hacer?

El woff, enfurecido, agachó la cabeza y cayó en picado hacia el suelo, como una piedra.

—¡Aterrizaje de emergencia! —gritó Hilda.

Pero el woff se detuvo en el último segundo. El pelo de su barriga sobrevoló la superficie del río Björg y volvió a acelerar en dirección a la ciudad de Trolberg.



—¡Hilda! ¿Eres tú?

La niña miró a su derecha y vio a Frida en bicicleta por la orilla oeste del río, pedaleando con fuerza y saludándola alegremente con la mano.

—¡Hilda! ¡Aquí!

David iba también en bicicleta por la orilla este del río. Seguro que era David, aunque tenía muy buen color de cara y le habían desaparecido las ojeras. Se inclinó hacia el manillar de la bicicleta. Era la viva imagen de la salud y de la buena forma física.

Hilda saludó a sus amigos.

—¡Salta del woff, tonta! —le gritó Frida—. En Trolberg no montamos en woffs. Montamos en bicicleta.

—Es verdad —añadió David riéndose—. ¡La calle no tiene carril para woffs!

Hilda negó con la cabeza y se aferró con más fuerza a la criatura. Pero en el momento en que pasaban por encima de las puertas de la ciudad, el woff se convirtió en una bicicleta nueva.

Frida y David aplaudieron cuando la bicicleta de Hilda aterrizó de golpe en el carril bici de la calle principal de Trolberg. Hilda intentó pedalear en

línea recta, pero perdió el control, golpeó el bordillo, saltó por encima del manillar y acabó tirada en la acera.

—¿No sabes montar en bici, Hilda? —gritó Frida.

—¡Hasta yo sé montar! —exclamó David riéndose.

Hilda apretó los dientes y saltó al sillín. Pero en cuanto empezó a pedalear, volvió a perder el control y se desvió hacia el tráfico. Los coches, con luces rectangulares, pasaban por su derecha y por su izquierda tocando la bocina.

—¡Monta en bici de pena! —se burló un troll en un monociclo.

—¡No tiene ni idea! —se rio una lombriz de fuego en un taxi.

Hilda sujetó el manillar con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos.

—¡Frida! ¡David! ¡Esperadme! —gritó.

Pero Frida y David estaban tan lejos que ya no la oían. De repente la carretera se elevó bruscamente. Hilda siguió pedaleando como una loca, pero su bicicleta empezó a deslizarse hacia atrás.

Que alguien me ayude, pensó Hilda tocando desesperadamente el timbre de su bicicleta. Intentó gritar, pero su garganta estaba seca como el polvo y no pudo emitir ningún sonido. La calle principal de Trolberg ahora era casi vertical y se prolongaba hasta las nubes.

El timbre se desprendió de la incontrolada bicicleta y cayó al suelo repiqueteando.

Luego cayó la cesta.

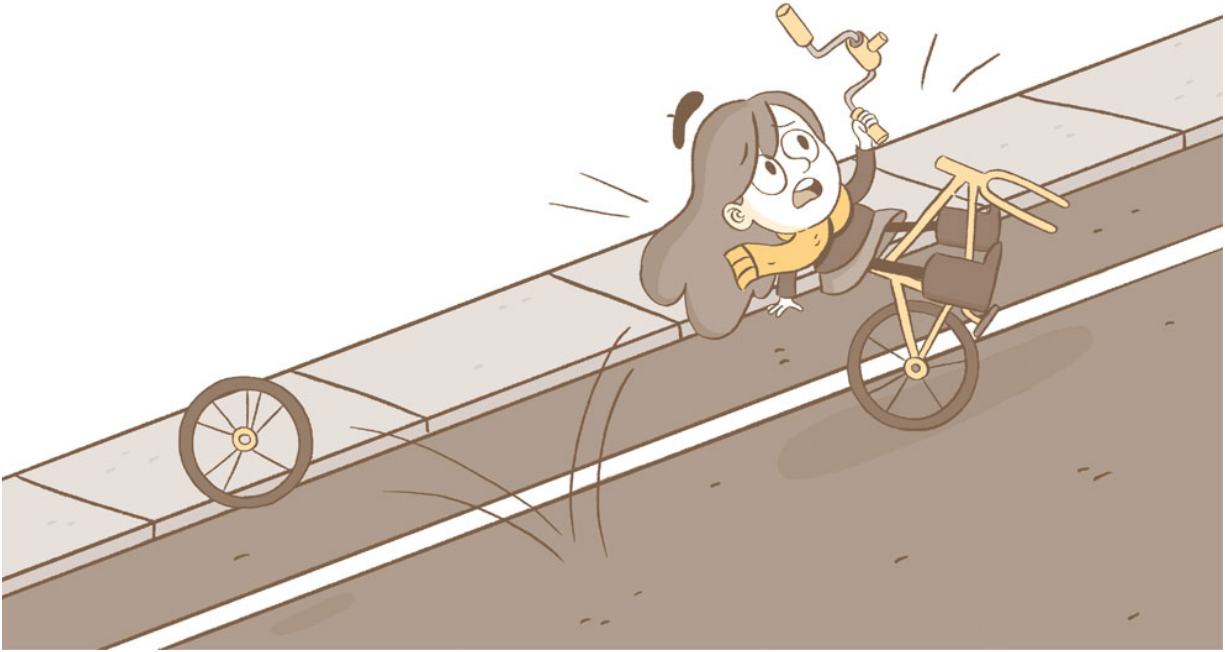
Y luego se soltaron la cadena, los pedales y las ruedas. Hilda, aún sujetando el manillar inservible, se deslizó por la pendiente de asfalto hasta el final de la carretera y salió por la puerta de la ciudad.

La maestra de Hilda, la señorita Hallgrim, la observaba desde lo alto de un campanario.

—¡Los malos ciclistas, cuanto más lejos mejor! —gritó.

—¡Por mi parte es un NO! —rugió la cuervo líder.

Las puertas se cerraron de golpe, el sol abandonó el cielo, y en las montañas cubiertas de nieve retumbó un grito de desesperación.



# 10



—¡Despierta, Hilda! —Alguien la sacudía por los hombros—. ¡Hilda, despierta!

Hilda abrió los ojos y parpadeó.

—David —dijo—, se supone que deberías estar en la tienda.

—Lo estaba —le contestó él—. Pero no he podido quedarme. Sencillamente, no he podido.

Hilda se sentó. Tenía la mente nublada y le dolía todo el cuerpo por haber estado tensa tanto rato.

—En cuanto a ti —dijo David mirando hacia arriba—, debería darte vergüenza.

Hilda se echó hacia atrás. El espíritu de las pesadillas flotaba por encima de ella, con el pelo liso colgando como cortinas oscuras a ambos lados de su pálida cara.

—¿Vergüenza a mí?



El tono del espíritu era sarcástico, aunque en su voz había también cierta incertidumbre.

—¡Sí, a ti! —David agitó el puño en dirección a la marra—. Eres MI espíritu de las pesadillas y no voy a permitir que provoques pesadillas a los demás, ¿me oyes? Si tienes una, tráemela a MÍ y a nadie más.

La marra, nerviosa, se pasó los dedos por el pelo.

—O sea, que quieres más pesadillas.

—¡Exacto! —David sonrió—. Túneles. Reyes rata. Monstruos. Trolls. Amontónalos y tráemelos. Pero ¡deja en paz a mi amiga!

—Uf. —El espíritu de las pesadillas frunció los labios—. Te crees muy noble, ¿verdad?

—Lo cierto es que no —le contestó David—. Pero me he aburrido de ceder siempre al miedo. He pensado que mejor me enfrento a él.

El espíritu de las pesadillas frunció el ceño a David.

David le frunció el ceño al espíritu.

Se oía el fuerte tictac del reloj de la pared de la habitación.

—Me dais asco —dijo por fin la marra—. «Oh, miradnos, somos muy buenos amigos, hacemos cualquier cosa el uno por el otro». David, me encantaría acosarte cada noche hasta el fin de tus días, pero resulta que no es divertido provocar pesadillas a las personas que las piden. —Lanzó una mirada amarga a Hilda—. Así que vale, lo que vosotros digáis, me largo. No volveréis a saber de mí, perdedores.

Dicho esto, el espíritu de las pesadillas se redujo a un hilillo de aire y desapareció por el ojo de la cerradura.

En cuanto la marra se hubo marchado, David puso los ojos en blanco, se tambaleó y se desmayó allí mismo, en medio de la moqueta de su cuarto.

Aquella noche no hubo ningún otro episodio desagradable. Hilda y Frida echaron agua en la cara a David hasta que el chico volvió en sí, se

despidieron de él, bajaron por la cañería y volvieron a la tienda de campaña. Se metieron en el saco de dormir y cayeron en un sueño dulce y profundo.

Pero a la mañana siguiente, cuando Hilda se despertó, se sentía incómoda. Se alegraba de que David hubiera empezado a enfrentarse a sus miedos, pero ¿y ella? ¿Qué pasaba con la pesadilla de la bicicleta y el miedo paralizante que le había provocado?

—Pssst —susurró Hilda—. Frida, despierta.

Frida gimió y se dio la vuelta.

—¿Hilda? ¿Qué hora es? —murmuró—. ¿Ya es de día?

—Frida, mentí a David el otro día, cuando estábamos comprando pepinos.

—¿Pepinos? ¿Qué? ¿Quién?

—Me preguntó por qué no había ido a comprar en bici y le contesté que no quería que se ensuciara, pero era mentira. Frida, la verdad es que no sé montar en bici.

—Me da igual —le dijo Frida.

—Pensé que si pedía una bici para mi cumpleaños, dejaría de darme miedo. Pero ahora que tengo una, me da aún más miedo que antes. ¿Qué crees que debería hacer?

—Creo que deberías dejarme dormir.

Frida se hundió en el saco de dormir y cerró la cremallera por dentro.

—Te diré lo que voy a hacer —le dijo Hilda—. Voy a enfrentarme a mi miedo, como hizo ayer David. Voy a buscar la bici ahora mismo y voy a aprender a montar.

Del saco de dormir de Frida surgió un ronquido exagerado. Un ronquido mucho más suave surgió de un calcetín de Frida, donde Alfur seguía profundamente dormido.

Hilda cogió su mochila de aventuras y su boina, salió de la tienda y volvió corriendo a su casa. Nunca había visto Trolberg a esas horas de la

mañana. Las tiendas aún estaban cerradas y en las calles solo se veían algunas personas paseando al perro. Hacía fresco. Un mirlo piaba alegremente en un poste de la luz.

En el aparcabicis de delante del edificio de Hilda estaba la bicicleta que le habían regalado por su cumpleaños. Su color azul brillaba al sol de la mañana, y los accesorios cromados resplandecían.

Hilda respiró hondo. Cogió la llave que llevaba colgada al cuello de una cadena y desató la bici.

Twig apareció en la ventana de su habitación, con las patas pegadas al cristal. En cuanto vio a Hilda, se deslizó por la ventana medio abierta, bajó ágilmente del edificio saltando de un alféizar a otro y cayó en sus manos.

—Hola, pequeño —le susurró Hilda—. ¿Quieres acompañarme en una aventura?

Twig corrió alrededor del aparcabicis siete veces moviendo la cola. Hilda sonrió.

—Lo entenderé como un sí.

Se sentó en el sillín, presionó el pedal, recorrió tres metros... ¡y se cayó! Se levantó. Se cayó. Se levantó. Se cayó. Se levantó. Se cayó.

Twig era un compañero compasivo. Cada vez que Hilda se desplomaba en el suelo, el fiel zorro ciervo corría hacia ella y le acariciaba la cara hasta que se levantaba.

Tras más de diez arranques fallidos, Hilda estaba llena de arañazos y llorosa, pero siguió levantándose obstinadamente e intentándolo de nuevo.

La niña pasó por delante de la biblioteca y cruzó el centro de la ciudad, donde un hombre con gorra estaba apilando periódicos en un quiosco. Observó a Hilda acercarse e hizo una mueca al verla estrellarse contra el suelo.

—¿Tienes problemas? —le preguntó levantando la bici de Hilda.

—Sí —le contestó la niña—, pero así es la vida de una aventurera.

Hilda se levantó y recogió su boina. Mientras se la volvía a poner, vio la portada del Diario de Trolberg. «¡¡¡OMNÍVORO!!!», decía el titular, y a continuación, en letras más pequeñas: «SABUESO NEGRO DEVORA A UNA GUARDIA DE TRÁFICO DE UN MORDISCO».

Hilda se estremeció al recordar la persecución en el Campamento Gorrión.

—Tienen que atrapar a esa cosa —dijo.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —le contestó el quiosquero—. Nadie sabe dónde está.

Hilda tragó saliva.

—Está ahí —susurró.

El quiosquero se rio entre dientes.

—Lo digo en serio. —Hilda señaló con el dedo—. Está justo ahí.



# 11



El sabueso negro estaba al final de la calle principal de Trolberg, deambulando por la acera a la luz grisácea del amanecer. Su largo torso daba paso a una estrecha cintura. Sus cuartos traseros eran musculosos y potentes. Su cola colgaba hacia el suelo y se curvaba ligeramente hacia arriba por la punta.

A Twig se le erizó el pelo de la nuca mientras el perro giraba una esquina y desaparecía de su vista.

—Voy a seguirlo —dijo Hilda.

—¿Seguirlo?

El quiosquero la miró atónito.

—Claro. Si descubro dónde está su guarida, quizá la policía pueda atraparlo y no se coma a más gente.

Hilda abrió su mochila de aventuras y sacó su cuaderno de dibujo y su lápiz. Escribió una nota, la arrancó y la clavó en los cuernos de Twig.

HE IDO A MONTAR EN BICI.  
VOLVERÉ A TIEMPO PARA LA  
CEREMONIA DE LAS INSIGNIAS. XXX

—Vuelve a casa y dásela a mi madre —le pidió Hilda.

Twig ladeó la cabeza y la miró con brillantes ojos negros.

—No te preocupes por mí —le dijo Hilda—. Mantendré una distancia prudencial, te lo prometo.

Hilda pisó el pedal y empezó a tambalearse por la acera. Giró la esquina y allí estaba el perro, aún deslizándose entre las sombras. Se detuvo a buscar comida en un contenedor de basura y luego siguió por la calle Fredrik en dirección a la puerta de la ciudad.

Hilda pasó por delante de cuatro espíritus del hogar solo en la calle Fredrik. *Qué raro*, pensó. Hasta hace unos días nunca había visto ningún espíritu del hogar, y ahora en dos días he visto a un montón.

Quería pararse a hablar con los espíritus desterrados, pero el perro estaba acelerando el ritmo y se alejaba cada vez más. Hilda lo siguió, cruzó la puerta y continuó en dirección norte hacia el campo.

Las ovejas pastaban. El río barboteaba. Los pinos azules agitaban sus esbeltas ramas. A la izquierda había un serbal y un terreno con hierba alta, perfecta para hacer trompetas con ella. A la derecha estaban las vías del tren, y más allá el desolado Steinharr (mar de piedras). Y allí, justo enfrente de ella, había un bache del tamaño y la forma perfectos para atrapar la rueda delantera de la bici y lanzar a Hilda volando por encima del manillar.

Hilda se incorporó y se retiró las piedrecitas de las palmas de las manos. Se dio cuenta, entusiasmada, de que era la primera vez que se caía de la bici en diez minutos.

—Voy aprendiendo —murmuró para sí misma—. ¡Por fin estoy mejorando!

Levantó la bici, volvió a saltar al sillín y pedaleó como una loca. El miedo a la bicicleta había desaparecido y lo único que quedaba era la alegría salvaje de pedalear por el campo. Pasó canturreando por terrenos cubiertos de celidonia y zanjas llenas de caléndula acuática.

El sabueso negro iba muy por delante de ella. De vez en cuando desaparecía en la cima de una colina o pendiente abajo. Más de una vez Hilda pensó que lo había perdido, pero luego volvía a aparecer. De repente se desvió de la carretera y trotó por una pendiente empinada salpicada de saxífragas y flores medusa. Se detuvo en la cima de la montaña, recortado contra un cielo sin nubes. Levantó la cabeza, lanzó un aullido triste y desapareció por el otro lado.

Hilda pensó qué hacer. Metió la bici en una flor medusa gigante y corrió por la pendiente hasta la cima. Pero cuando llegó a lo más alto de la colina y miró hacia abajo, no había ni rastro de hacia dónde había ido el sabueso negro. Solo veía las oscuras copas de los árboles del Gran Bosque, que se extendían hasta donde le alcanzaba la vista.

Hilda pensó en rendirse y volver a casa. Sería lo más sensato. Pero entonces recordó el titular del *Diario de Trolberg*. ¿Qué querría que hiciera la pobre guardia de tráfico? Seguir adelante y localizar la guarida del monstruo, por supuesto. Impedir que más ciudadanos de Trolberg fueran devorados.





Hilda bajó la colina, se adentró en el Gran Bosque y no tardó en perderse totalmente. Una marta pasó persiguiendo a una liebre. Un piquituerto colocó una piña entre dos ramas de un árbol y picó los piñones con entusiasmo.

Un fantasma surgió de las sombras, ligero como una pluma. Por un segundo sus ojos amarillos miraron el alma de Hilda, y luego pasó flotando y desapareció entre los pinos.

—Tranquila —se dijo Hilda—. Solo es un búho gris.

La niña siguió deambulando, adentrándose cada vez más en lo desconocido. Y entonces vio algo que hizo que el corazón le diera un vuelco. Un hombrecito de madera con la cabeza en forma de coco estaba sentado en un tocón.

—¡Hombre de Madera! —gritó Hilda corriendo hacia él. Lo había conocido cuando su madre y ella vivían en el campo—. Hombre de Madera, me alegro mucho de verte. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos?

El hombrecito giró la cabeza y miró a Hilda con grandes ojos inexpresivos.

—No lo sé —le contestó—. No lo he controlado.

—Oye, Hombre de Madera, estoy buscando a un perro. ¿Lo has visto? Es enorme, de color negro, tiene los ojos inyectados en sangre y las fauces babosas, y anda así. —Hilda se tiró al suelo y caminó a cuatro patas con el trasero en pompa—. Y ladra así. —Se agachó aún más y soltó un aullido grave y triste—. Ayer se comió a una guardia de tráfico, así que es muy importante que encontremos su guarida y se lo digamos a la policía...

—Cállate —le dijo el Hombre de Madera—. Estoy intentando concentrarme.

Hilda se calló. Vio que el Hombre de Madera sujetaba dos naipes junto al pecho. También se dio cuenta de que no estaba solo. Siete pequeños elfos

estaban sentados con él en corro, cada uno con dos cartas en la mano, y miraban a Hilda con expresión molesta.

—Perdón —les dijo—. No os había visto.

—Suele pasar —replicó un elfo barbudo frunciendo el ceño.

—¿A qué estáis jugando?

—Al póquer élfico —le contestó el Hombre de Madera—. Y deja de hablar. Enseguida terminamos.

—¿Y me ayudarás a encontrar al...?

—Cállate.

—Al sabueso...

—¡CÁLLATE!

El elfo barbudo repartió tres cartas en el centro del corro.

—Cuatro de liebres, siete de hojas de roble y rey de bellotas —anunció.

Los elfos apostaron uno tras otro. Sus caras eran inexpresivas. La del Hombre de Madera era la más inexpresiva de todas.

El elfo barbudo repartió otra carta.

—Dama de hojas de roble —dijo.

Y se produjo otra ronda de apuestas.

—Nunca he entendido las reglas del póquer élfico —dijo Hilda—. Soy más del Dragon Panic, la verdad.

—¡CÁLLATE! —gritaron todos los jugadores al unísono mientras el elfo barbudo repartía una quinta carta.

Hilda se calló y se sentó. Se rodeó las rodillas con los brazos y respiró profundamente el aire fresco del campo. Le gustaba volver a estar allí tras seis largos meses viviendo en la gran ciudad. Había echado de menos aquella vida tranquila, llena de placeres sencillos y sólidas amistades.

—Pareja de bellotas contra color del bosque —dijo el Hombre de Madera—. Oh, no, creo que acabo de perder algo valioso.

—¿De verdad? —le preguntó Hilda—. ¿Qué has perdido?

—A ti —le contestó él.

—¿Cómo? ¿Has dicho que a mí?

—Sí.

—¿Me has apostado a mí en una partida de póquer?

—Sí.

Hilda frunció el ceño al Hombre de Madera y luego a los elfos.

—Pues veamos —dijo—. ¿Quién de vosotros, pequeñines, va a quedarse conmigo? ¡Que lo intente si se atreve!



—Ellos no —le dijo el Hombre de Madera suspirando—. Él.

El Hombre de Madera señaló dos árboles en la penumbra, detrás de él. Al mirarlos con más detalle, esos árboles resultaron ser dos patas gigantescas en forma de troncos. Hilda levantó la mirada y se quedó atónita. Entre las ramas de las copas de los pinos se alzaba la cara furiosa de un gigante del bosque.

# 12



—¿Cuánto tiempo vas a tenerme aquí? —le preguntó Hilda por enésima vez—. Se supone que debería estar buscando la guarida del sabueso negro, ¿sabes? Es urgente.

Estaba sentada en el hueco de un pino, a treinta metros del suelo. En el hueco había otros tesoros del gigante: un tablero de ajedrez, un taburete de piano, libros, discos, tres paraguas y un ukelele.

—¿Por qué no me viste mientras jugaban a las cartas? —le preguntó el gigante del bosque, también por enésima vez—. ¿Por qué los humanos siempre nos pasáis por alto? No pasarías por alto a un gigante antiguo, ¿verdad?

—Claro que no —le contestó Hilda—. Los gigantes antiguos son mucho más gran...

Se interrumpió porque no quería ofenderlo.

—¡Vamos, dilo! —gritó el gigante del bosque—. Los gigantes antiguos son mucho más grandes. ¿Y eso en qué me convierte, eh? En un

GIGANTE PIGMEO, diminuto, minúsculo e insignificante, ¿verdad? Eres cruel por pensarlo, niña, y más cruel aún por decirlo. ¿Qué te parecería que te dijera una y mil veces lo pequeña que eres? ¿Te gustaría? Ahora mismo estoy tan enfadado que no puedo hablar contigo. Ni siquiera puedo mirarte. Estoy tan enfadado que no puedo respirar el mismo aire que tú. ¡Uf, me largo!





El gigante se alejó indignado, y sus colosales pasos lo apartaron de la vista de Hilda en un instante.

Hilda se encaramó al borde del hueco y miró hacia abajo. La rama más cercana estaba a más de tres metros por debajo de ella. Si pudiera alcanzarla, probablemente podría bajar el resto del camino por el tronco. Pero ese era el problema. Si saltaba desde allí, seguro que rompería la rama o no lograría alcanzarla. Estaba atrapada.

Hilda se imaginó a su madre leyendo y releiendo el impreciso mensaje que había dejado en los cuernos de Twig: «HE IDO A MONTAR EN BICI. VOLVERÉ A TIEMPO PARA LA CEREMONIA DE LAS INSIGNIAS». Se la imaginó llegando al local de los exploradores y mirando de reojo la puerta, muy triste, durante la ceremonia. Luego la imaginó saliendo a la calle, retorciéndose las manos y llamándola a gritos.

La buscarían, por supuesto, pero nadie encontraría su bicicleta dentro de la flor medusa gigante ni imaginaría que estaba secuestrada en lo alto de un pino, en medio del Gran Bosque. Todo el mundo pensaría que se la había comido el sabueso negro. Pasarían semanas, meses y años, y cada noche su madre se sentaría en el sofá con Twig en sus brazos y sollozaría sobre su pelo.

—Todo esto es culpa del Hombre de Madera —dijo Hilda en voz alta—. No me puedo creer que me APOSTARA a mí en una partida. Si alguna vez vuelvo a verlo, le arrancaré la cabeza de coco de ese tronco larguirucho que tiene por cuerpo.

—Qué bonito —dijo una voz triste debajo de ella.

Hilda miró hacia abajo y vio al Hombre de Madera de pie en una rama.

—¡Tú! —le gritó Hilda—. ¿Qué haces aquí?

—Un poco de todo —le contestó el Hombre de Madera—. Esperaba que me ayudaras a recuperar algunas de mis pertenencias.

—Espera un segundo. ¿Estás diciéndome que me perdiste contra el gigante a propósito?

—Por supuesto. —El Hombre de Madera levantó las manos—. No pensarías que iba a apostar teniendo dos bellotas cuando había una dama de liebres en el río, ¿verdad?

—No, no lo pensé —le contestó Hilda—, porque, en primer lugar, no estaba siguiendo la partida, y, en segundo lugar, no entiendo una palabra de lo que me dices.

El Hombre de Madera se quedó pensativo.

—Si quieres —le dijo por fin—, puedo prestarte un libro sobre el póquer élfico.

—¡No... quiero... un... libro... sobre... PÓQUER!

Hilda hacía grandes esfuerzos por mantener la calma.

—Ese gigante del bosque es un jugador de póquer cruel —le dijo el Hombre de Madera—. Me ha ganado un montón de cosas en los últimos años. El mes pasado me ganó mi ukelele...

—Me da igual.

—Y mi taburete del piano...

—¡ME DA IGUAL!

—Y mi escalera de cuerda...

Hilda abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Se introdujo en el hueco y empezó a buscar en el almacén del gigante. Al fondo de todo encontró lo que estaba buscando: una sólida escalera de cuerda con peldaños de madera de haya.

La desplegó y el Hombre de Madera subió por ella sin darle las gracias. Pasó por delante de Hilda y recogió sus posesiones: los libros, el ukelele y una diadema de plata.

—¿Esa diadema era tuya? —le preguntó Hilda.

—Preferiría no tener que mentirte —le contestó el Hombre de Madera colocándosela en la cabeza—. Toma, quédate con esto —añadió ofreciéndole un par de fuelles viejos.

El almacén se ensombreció de repente. Una cara enorme bloqueó la entrada del hueco del pino.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —exclamó el gigante del bosque alegremente—. Que me parta un rayo si no es mi viejo amigo el Hombre de Madera.

Este lo miró inexpresivo.

El gigante gritó y chasqueó los dedos.

—¡Hombre de Madera, Hombre de Madera, rata rastrera! ¡Hombrecillo, que te crees muy pillo!

—Déjalo ya —murmuró el Hombre de Madera—. Estás haciendo el ridículo.

—¡He atrapado a un Hombre de Madera robando! —exclamó el gigante—. ¡Es mi comida favorita cuando me vuelvo loco!

Hilda ya había oído lo suficiente. Levantó los fuelles, los apretó con fuerza y lanzó una nube de polvo a la cara del gigante. Mientras el gigante se tambaleaba hacia atrás tapándose los ojos, Hilda y el Hombre de Madera saltaron del hueco del árbol a la escalera de cuerda.

—¡Deteneos, ladrones! —rugió el gigante del bosque.

Hilda y el Hombre de Madera bajaron la escalera que colgaba del tronco del pino como pájaros asustados en desbandada. El gigante intentó atraparlos, pero consiguieron evitar sus dedos. Llegaron hasta el suelo y echaron a correr por el bosque.

El gigante parpadeó y se frotó los ojos.

—¡Sinvergüenzas! —gritó—. ¡Os arrepentiréis de haber robado a un gigante idiota! ¡GRRR! Y encima ahora me llamo idiota a mí mismo. ¡Me habéis hundido la autoestima!

Hilda y el Hombre de Madera corrieron por el bosque. Fue una persecución rara, porque el gigante los adelantaba cada dos por tres y tenía que dar media vuelta.

—¡Villanos! —rugió el gigante—. ¡Granujas! ¡Bribones! Si fuera un gigante de verdad, os molería los huesos para hacerme pan. ¿Un gigante de verdad? ¡No quería decir eso! ¡GRRR!

El Hombre de Madera corría tan deprisa que se le cayeron el ukelele, los libros y la diadema.

—¡Oh, no! —gritó—. ¡Mis pertenencias! ¡Casi todas mis pertenencias!

—¡Déjalas! —exclamó Hilda cogiéndole de la mano y tirando de él.

Corrieron varios cientos de metros y se metieron debajo de las raíces retorcidas de un pino longevo. Se quedaron allí, a oscuras, casi sin atreverse a respirar, mientras el gigante iba y venía buscándolos.

Un olor fétido invadió las fosas nasales de Hilda.

—¡Oye, Hombre de Madera! —susurró la niña—. Estamos en un espacio cerrado. Contrólate.

—¿Yo? —le preguntó el Hombre de Madera—. Creía que habías sido tú.

Hilda se sacó una pequeña linterna del bolsillo y la encendió. La cavidad debajo de las raíces del árbol se extendía y se introducía en la tierra mucho más de lo que había imaginado. Había huellas de garras de cuatro dedos por todo el suelo, y en el fondo de la cueva descubrió el montón de excrementos de perro más grande que había visto nunca.

—Mira —susurró Hilda—. Creo que hemos encontrado la guarida del sabueso negro.



En cuanto estuvieron seguros de que el gigante del bosque había pasado de largo, Hilda y el Hombre de Madera salieron del apestoso escondite.

—¿Y ahora qué? —preguntó el Hombre de Madera.

—Supongo que volveré a Trolberg para decirle a la policía dónde está exactamente la guarida del sabueso negro —le contestó Hilda.

—Y sabes cómo decírselo, ¿verdad?

—No, no tengo ni idea —admitió ella. Metió la mano en su mochila de aventuras y sacó el cuaderno de bocetos y el lápiz—. ¿Podrías escribirme, dibujarme un mapa o algo así?

—¿Por qué iba a hacerlo?

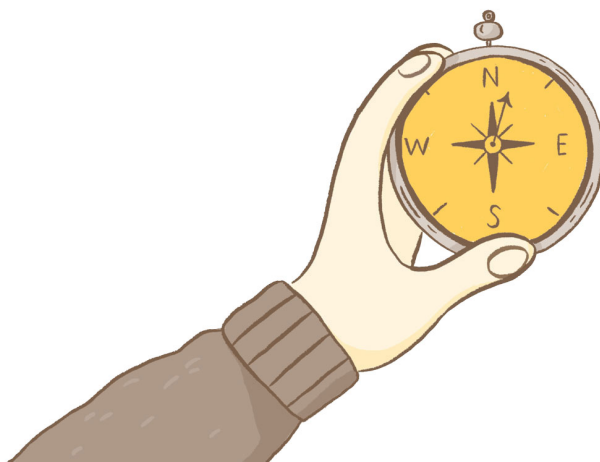
—¿Para disculparte por haberme perdido ante un gigante del bosque en una partida de póquer?

—De acuerdo. —El Hombre de Madera cogió el cuaderno de bocetos y empezó a dibujar—. Dime, niña de ciudad, ¿echas de menos el campo? —le preguntó.

—Creía que sí —le contestó Hilda—, pero desde hoy ya no estoy tan segura.

El Hombre de Madera dibujó una gran equis en el mapa y le devolvió el cuaderno de bocetos. Hilda le tendió la mano para despedirse, pero el Hombre de Madera se limitó a alejarse entre los árboles.

Hilda sacó la brújula y la sujetó con cuidado. Para su sorpresa y su alegría, media hora después salió del Gran Bosque y subió a una colina desde la que se veía el río Björg.



—¡Gerónimo! —gritó bajando a toda velocidad por la ladera este de la colina y disfrutando del aroma de las saxífragas aplastadas—. ¡Bingo! —gritó al ver un manillar negro asomando de una flor medusa gigante—. ¡Trolberg, allá voy! —canturreó saltando a su bicicleta y dirigiéndose a la ciudad. Solo se detuvo para coger una bolsa de bayas de serbal.

La policía de Trolberg no se quedó tan impresionada ni se mostró tan agradecida como Hilda había pensado. Había esperado que le dieran una medalla al valor, como mínimo, pero el oficial de la recepción se limitó a observar el mapa del Hombre de Madera con expresión desconcertada, como un pez globo mirando un examen de ortografía.

—La policía de Trolberg ya no se ocupa del caso del sabueso —le dijo—. Ahora está en manos de la patrulla de seguridad. Tienen una unidad en cada barrio de Trolberg.

—Pues entregue el mapa a la patrulla de seguridad.

El oficial de la recepción se lo pensó, pero negó con la cabeza lentamente.

—No, no creo que funcione, señorita. La patrulla de seguridad no puede ir al Gran Bosque. No tiene autoridad fuera de Trolberg.

—Pues vayan ustedes.

El oficial lo consideró, pero volvió a negar con la cabeza.

—Lo siento, señorita, pero no está en nuestras manos. Ya no nos ocupamos del caso del sabueso.

Hilda dio un puñetazo en el mostrador con tanta fuerza que los papeles y los bolígrafos del oficial saltaron por los aires. Salió de la comisaría, se subió a la bici y pedaleó calle abajo. ¿Qué sentido tenía arriesgar la vida siguiendo la pista a un monstruo si las autoridades no estaban dispuestas a hacer su parte?

El campanario de Gorrill Gardens dio las dos en punto, junto con todas las demás campanas de la ciudad. Hilda aceleró. Faltaba solo una hora para

que empezara la ceremonia de las insignias de los Gorriones Exploradores.

Estaba decidida a asistir para aplaudir a Frida y David, pero al mismo tiempo lo temía. Había ganado un total de cero insignias, y su madre estaba a punto de descubrir hasta qué punto su hija era débil.

Cuando se acercaba a casa, Hilda vio algo que la hizo detenerse a observar. Una anciana perseguía con una escoba a un espíritu del hogar vestido con un pijama blanco.

—¡Fuera! —gritó la mujer cerrando de golpe la puerta del jardín—. ¡Y no vuelvas!

El espíritu del hogar llevaba un sombrero de ala ancha en la cabeza y unas gafas redondas apoyadas en su enorme nariz. Se sentó en la calle y se sorbió los mocos ruidosamente.

Hilda apoyó la bicicleta contra la cerca del jardín.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—¡Es un vándalo! —gruñó la mujer.

—No he hecho nada —murmuró el espíritu del hogar.

Hilda se giró hacia la anciana.

—¿Está segura de lo que ha visto?

—Claro que estoy segura. —Agitó la escoba, muy enfadada—. Estaba echando la siesta después de comer, como siempre, y de repente me despertó un ruido espantoso, como si alguien estuviera destrozando la cocina. Bajé a ver qué ocurría, y ahí estaba, en medio de los escombros —dijo señalando al espíritu del hogar con la escoba—. Lo había tirado todo en busca de algo que robar. Debía de haberse aburrido de las cosas que me ha birlado durante años, porque también estaban por el suelo.

Hilda se giró hacia el espíritu del hogar.

—¿Y bien? —le preguntó.

El espíritu del hogar se encogió de hombros.



—No sé qué ha pasado —le contestó—. Estaba sentado en el espacio de la nada, en mi sillón favorito, y de repente se produjo un terremoto.

—¿Un terremoto?

—O un torbellino.

—¿Un torbellino?

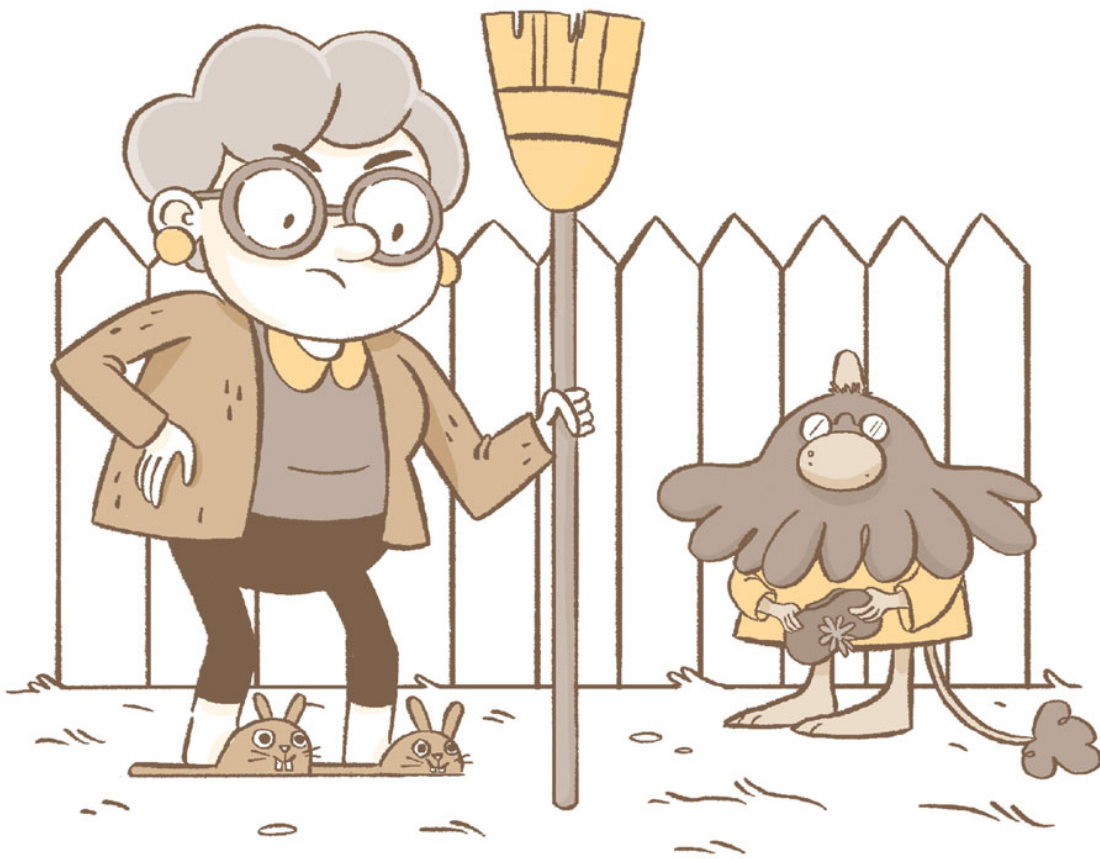
—Y al segundo siguiente estaba en la cocina rodeado de cachivaches.

—¡Menudo cuento chino! —gruñó la anciana.

Se inclinó sobre la valla y le dio un escobazo en la cabeza al espíritu del hogar.

—¡No haga eso! —le gritó Hilda—. Creo que está diciendo la verdad.

La anciana dio un golpe en la cabeza a Hilda, por si acaso, se dio media vuelta y recorrió el camino del jardín haciendo aspavientos.



Hilda se frotó la cabeza. Miró al desolado espíritu del hogar.

—¿Conoces a Tantú? —le preguntó.

—Todos los espíritus del hogar nos llamamos Tantú —le contestó—. Y hablamos lo mínimo posible entre nosotros. Nos despreciamos profundamente.

Hilda cogió la bicicleta, se despidió del espíritu del hogar y volvió a casa. Subió los tres tramos de escalones hasta la puerta principal y entró. Un maravilloso aroma a jengibre, nuez moscada y comino flotaba en el ambiente.

—¡Hola! —gritó—. ¿Hay alguien en casa?

Twig llegó al pasillo como un relámpago y se abalanzó sobre ella con tanta fuerza que casi la tiró al suelo.

—¡Hola, cariño! —gritó su madre desde la cocina—. ¿Ha ido bien tu paseo en bici?

Hilda entró en la cocina y abrazó a su madre.

—Un poco accidentado —admitió—, pero así es...

—¡La vida de una aventurera! —exclamó su madre sonriendo—. Estoy orgullosa de ti, Hilda. Ahora podrás ganar también la insignia de ciclismo. Por cierto, tenemos que salir ya si queremos llegar a tiempo a la ceremonia. Ve a ponerte el uniforme de los Gorriones Exploradores, corre. La pañoleta está en la cajonera.

Hilda vació la bolsa de bayas de serbal en el frutero y se dirigió a su habitación, bastante apesadumbrada. No se veía capaz de confesar que ni siquiera había conseguido la insignia de acampada. Su madre no tardaría en descubrirlo.

# 14



—¡Bienvenidos a la nonagésimo tercera ceremonia de las insignias de los Gorriones Exploradores de Trolberg!

La cuervo líder estaba ante el micrófono, en medio del escenario. A un lado estaba sentado un hombre alto y delgado, con una tupida barba y brillantes ojos azules. Llevaba una chaqueta de safari verde, pantalones cortos de color caqui y grandes botas negras.

La cuervo líder sonrió.

—Nuestro invitado especial en la ceremonia de hoy es un naturalista, un explorador y un autor con gran éxito de ventas. Algunos de vosotros ya conocéis sus libros: *CUEVAS Y SUS ANTIPÁTICOS HABITANTES*, *TÚNELES Y SUS ANTIPÁTICOS HABITANTES* y *BOSQUES Y SUS ANTIPÁTICOS HABITANTES*. ¡Ruego un fuerte aplauso para el señor Emil K. Gammelplassen!

Hilda soltó un grito de emoción y aplaudió hasta que le dolieron las manos. Se giró a mirar a su madre, que estaba con los demás padres en el

fondo de la sala. Su madre la vio y le levantó el pulgar. Las dos eran muy fans de Gammelplassen.

—Antes de que nuestro invitado pronuncie su discurso, vamos a entregar varias insignias. Como siempre, empezamos por los que han ganado más insignias. ¡Frida, sube al escenario!

Frida fingió sorprenderse y subió al escenario. Hilda, sentada en la primera fila, gritó y silbó, muy contenta por el éxito de su amiga.

—Este año Frida lo ha hecho muy bien, extraordinariamente bien —dijo la cuervo líder—. Ha conseguido las insignias de recaudación de fondos, deportes de raqueta, construcción, habilidades circenses, joven emprendedora, ayuda en emergencias y acampada.

Frida estrechó la mano a Emil Gammelplassen y volvió a su asiento con las nuevas insignias.

Cuando la cuervo líder llamó a otro triunfador al escenario, Hilda miró al suelo y vio algo raro: un mechón de pelusa azul sobresaliendo por una grieta de las tablas del suelo, a sus pies. Esperó a la siguiente ronda de aplausos para arrodillarse.

—Tantú, ¿eres tú? —susurró.

—Mi salvadora —dijo Tantú con sarcasmo—. Un ángel de la guarda con más sándwiches deliciosos para que los disfrute.

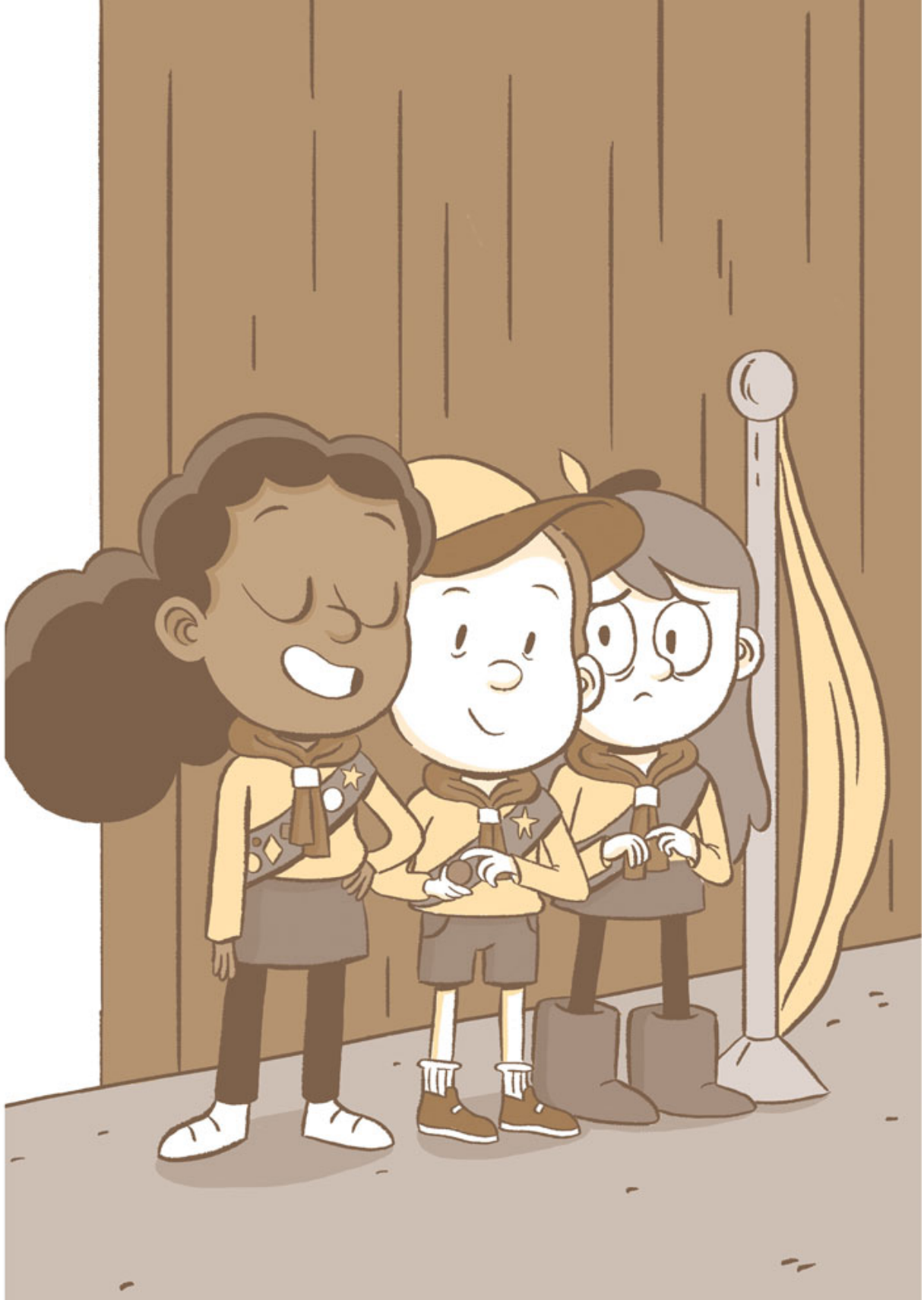
—Perdón por lo de esa noche —le dijo Hilda—. Surgió un problema. En fin, me alegro de ver que has encontrado un lugar para vivir.

Le tocaba a David recibir las insignias. Hilda volvió a sentarse y aplaudió con los demás mientras su amigo salía al escenario.

—Este año David lo ha hecho bien —dijo la cuervo líder—. ¡Ha ganado la insignia de canto coral, la del nivel dos de natación, la de acampada y la de amigo de los insectos!

En la sala resonaron aplausos y vítores mientras David se quitaba un bicho de la cabeza y estrechaba la mano del gran explorador.

La ceremonia continuó con los exploradores que habían conseguido tres medallas, luego dos y por fin una. Hilda sintió una punzada de dolor en el pecho. Aquella tarde no habría ninguna brillante insignia para ella. No le estrecharían la mano. Su héroe no la felicitaría.





El último explorador que había recibido una insignia bajó del escenario.

—Y con esto —dijo la cuervo líder— llegamos al final de la entrega. Chicos, buen trabajo. Ahora nuestro invitado nos ofrecerá un discurso.

Hilda miró hacia atrás y vio que en la cara de su madre se sucedían las emociones. Primero confusión, luego incredulidad y por último tristeza. Sus ojos se encontraron y Hilda articuló dos palabras: «Perdón, mamá».

Emil Gammelplassen se colocó delante del escenario y sacó el micrófono del pie.

—¡Buenas tardes, amigos! —Su voz era fuerte y profunda—. Estoy encantado de estar hoy con vosotros para celebrar vuestros excelentes logros. Aunque debo confesar que evito todo lo posible las ciudades.

El público se rio.

Los ojos azules de Emil Gammelplassen brillaron.

—¡El campo! —gritó—. ¡El mejor sitio para vivir! ¡El sitio que hace que me sienta realmente vivo!

A mí también, pensó Hilda.

—Me encanta explorar al aire libre, armado solo con un cuaderno de bocetos y un lápiz rechoncho.

—A mí también —susurró Hilda.

—Y cuando estoy lejos de casa, totalmente perdido, soy más feliz que nunca.

—¡Yo también! —gritó Hilda.

Se llevó una mano a la boca y se puso roja como un tomate.

—He recorrido bosques —siguió diciendo el explorador—. He subido montañas y he esquiado glaciares. En una ocasión, memorable aunque incómoda, pasé tres días y tres noches en el estómago de una flor medusa gigante, escondiéndome de una familia de trolls excepcionalmente agresivos.



En ese momento, la madre de Hilda llegó y se sentó en la silla vacía de al lado de su hija.

—¡Ni una insignia! —le dijo en voz alta—. ¿Ni siquiera la de acampada?

—Lo siento, mamá. —A Hilda se le llenaron los ojos de lágrimas—. He tenido mala suerte.

—¿Mala suerte? —le preguntó su madre—. Lamento decirlo, Hilda, pero quizá si no perdieras tanto tiempo enredando con espíritus del hogar, tendrías más tiempo para las insignias.

Chasqueó la lengua, se levantó y volvió a su asiento, al fondo de la sala.

Hilda apoyó la barbilla en las manos. Una lágrima le resbaló por la mejilla. Las palabras de su madre le habían dolido mucho.

# 15



Emil Gammelplassen seguía en el escenario, en pleno discurso. Había empezado a recitar un poema que trataba sobre las aventuras.

*Navega por una costa en la que nadie ha estado,  
descubre una gruta que nadie ha pisado,  
sube una montaña sumida en la nieve  
o marca en un mapa los accidentes del relieve.*

De repente se oyó un golpe procedente del techo del local de los exploradores. El famoso naturalista se detuvo y miró hacia arriba, sorprendido, antes de continuar.

*¿Ves aquel troll que te mira enfadado?*

*No digas muerte hasta que estés enterrado.*

*¿Oyes a un fantasma o a un elfo salvaje?*

*Lo único temible es no tener coraje.*

Hilda miró al techo. Ahí estaba otra vez aquel ruido sordo, como si arañaran. ¿Qué demonios había allí arriba?

—¡Ya he hablado bastante! —exclamó Emil Gammelplassen—. Seguid buscando aventuras, amigos míos. Reíd, esforzaos, explorad, soñad, ¡y que el viento siempre quede atrás!

En ese momento, Tantú surgió de la grieta de las tablas del suelo y empezó a tirar de la pañoleta de Hilda farfullando como un pájaro nervioso. El ruido del techo era más fuerte que nunca.

—¿Qué pasa? —murmuró Hilda—. Tantú, ¿sabes qué hay ahí arriba?

Pero antes de que Tantú pudiera responder, algo cayó de un panel del techo y aterrizó entre Hilda y el escenario. El público resopló y chilló.

—¡EL SABUESO NEGRO! —gritó la cuervo líder.

—¡Tranquilos! —exclamó Emil Gammelplassen—. ¡Lo único temible es no tener coraje!

Sus palabras cayeron en oídos sordos. Todos menos Gammelplassen y Hilda se precipitaron en desbandada hacia la parte de atrás del local, impacientes por escapar.

El sabueso negro movió la cola, se lamió las mandíbulas y avanzó hacia Hilda. Quizá la recordaba como una fuente de deliciosos sándwiches de pepino, o quizá seguía enfadado por no haber podido sacarla del hueco del árbol. En cualquier caso, fue directo hacia ella.





—¡Deprisa! —dijo Tantú cogiendo a Hilda de la mano—. ¡Ven conmigo!

El espíritu del hogar la arrastró hasta una ratonera del zócalo. Le apretó fuerte la mano y dio un buen tirón. El local de los exploradores giró alrededor de sus cabezas y se desplomó sobre ellos como un paraguas roto.

¡PLAF!

Hilda se incorporó y miró a su alrededor. El espacio de la nada del local de los exploradores estaba vacío. Solo había varias sillas rotas y algunas insignias perdidas.

—¡No te quedes embobada! —le gritó Tantú—. Tenemos que salir de aquí.

Las paredes y el suelo temblaron cuando una enorme figura negra se precipitó tras ellos. Ocupaba todo el espacio. Mientras el oscuro torbellino volaba hacia ellos, Hilda y Tantú se metieron por el primer agujero que encontraron y llegaron a un pasillo lleno de estanterías con libros.

—Es la biblioteca municipal —dijo Hilda jadeando.

—¡No tenemos tiempo para leer! —le gritó Tantú corriendo por el pasillo.

Al momento, el sabueso negro salió de detrás de una caldera con una explosión de sillas rotas, insignias pisoteadas y libros polvorientos.

—¡Por aquí! —gritó Tantú metiéndose detrás de una librería.

Hilda apretó la mano de Tantú y se dejó arrastrar por decenas de casas particulares y de edificios públicos, por el laberinto desconcertante del espacio de la nada. El perro siguió persiguiéndolos, pisándoles los talones con las mandíbulas apretadas.

Atravesaron un agujero extrañamente frío. Enseguida quedó claro por qué. Hilda y Tantú saltaron de una nevera al suelo duro de una cocina.

—¡Ay! —gritó Tantú—. Me he hecho daño en el tobillo.

Hilda se levantó de un salto y cerró la puerta de la nevera.

—No podemos detenernos ahora —le dijo—. Esa cosa sigue...

¡BUM! La puerta de la nevera volvió a abrirse y el sabueso negro cayó encima de ellos esparciendo mantequilla, trastos y salchichas por el suelo.

—¡Ay! —gritó Tantú—. Ahora me he hecho daño en el otro tobillo.

Hilda salió de debajo del perro. Cogió un cuenco de fruta de la mesa de la cocina y se lo acercó al babeante animal. Las bayas de serbal rebotaron y rodaron por el suelo.

El perro engulló las bayas y luego avanzó hacia Hilda gruñendo amenazadoramente.

De repente Hilda reconoció dónde estaba.

—¡Es mi casa! —exclamó.

—En realidad es MI casa. —Un nisse calvo se colocó entre Hilda y el perro blandiendo una escoba—. ¡Y no permito sabuesos en la cocina!

El perro arqueó el lomo y pegó el hocico a la cara de Calvito. Abrió las mandíbulas y sacó su larga lengua de color rosa.

¡SLURP! El perro lamió amistosamente la cara al espíritu del hogar.

Calvito frunció el ceño, pero de repente le brillaron los ojos. Había reconocido al perro.

—¿Gominola? —susurró.

—¿Cómo? —preguntó Hilda.

—¡Gominola! —gritó Calvito pasando los brazos alrededor del cuello del sabueso negro—. ¡La última vez que te vi eras un cachorro!

# 16



El espíritu del hogar se acomodó en el sofá, rodeado de cojines de color verde lima. Gominola estaba sentado a su lado, con la cabeza aplastada contra el techo. Hilda y Tantú estaban sentados en el suelo, escuchando la historia de Calvito.

—Encontré a Gominola hace mucho tiempo —dijo Calvito—, cuando los dos éramos pequeños. Se había perdido, así que hice con él lo que hacemos los espíritus del hogar con las cosas perdidas: me lo llevé a casa. Durante un tiempo lo cuidé en secreto, pero un día mis padres lo descubrieron y me lo quitaron. Dijeron que era un perro fantasma y que lo llevarían a las montañas, el lugar que le correspondía. No volví a verlo. No sabía que había vuelto a Trolberg a buscarme. En el espacio de la nada no me entero de las noticias de la ciudad.

—Lamento decírtelo, pero tu mascota es peligrosa —le advirtió Hilda—. Se tragó a una guardia de tráfico de un mordisco.



—¿En serio? —preguntó Calvito sorprendido. Entonces extendió la mano y dio una palmadita en el hocico al sabueso negro—. Gominola, eres muy malo. ¡Escúpela ahora mismo!

El animal hizo un ruido repugnante y vomitó a una guardia de tráfico en la moqueta del comedor. La mujer miró a su alrededor y salió corriendo del piso, aún con su pequeño bloc de multas en la mano.

—Esto lo explica todo —dijo Hilda—. Enseñaste a Gominola a moverse por el espacio de la nada cuando era un cachorro, así que esta semana ha estado recorriendo el de toda la ciudad. El problema es que es tan grande que se lo lleva todo por delante cada vez que pasa por el hogar de un nisse. Es como si pasara un torbellino.



—Así que esto es lo que pasaba... —dijo Tantú—. El dueño de mi casa creyó que yo lo había destrozado todo.

Calvito se rio y dio un fuerte beso al perro.

—¿Has estado armando un buen lío, Gominola? ¡Siempre fuiste un cachorro desordenado! ¡Sí, sí! ¡Muy desordenado!

—Se había escondido en el Gran Bosque —dijo Hilda—, y en el bosque de al lado del campamento también. Ha estado por todas partes.

—¡Y ahora ha vuelto a casa! —exclamó Calvito con lágrimas en los ojos. Gominola no era el único que había vuelto a casa. Hilda oyó pasos en la escalera y el sonido de la puerta abriéndose.

—¡Hilda! —Su madre parecía desesperada—. Hilda, ¿estás aquí?

La niña corrió al pasillo y dio a su madre el abrazo más fuerte de su vida.

—Cariño —le dijo su madre—. Me alegro mucho de que estés bien. Te perdí de vista en el local de los exploradores, en medio de aquel caos.

—Estoy perfectamente —le dijo Hilda.

—Hilda, perdóname, por favor —le dijo su madre—. Me he portado fatal contigo en la ceremonia de las insignias, y ojalá pudiera retirar lo que he dicho. Sé que siempre intentas hacer las cosas lo mejor posible.

—No pasa nada —le contestó Hilda.

En aquel momento, lo que más le preocupaba era que el perro estaba en el sofá del comedor.

—Por cierto —le dijo su madre—, en la calle hay una persona muy alterada, gritando. Estaba empapada y gritaba algo sobre gominolas. El señor Farmor, el que vive en la planta baja, ha llamado a la patrulla de seguridad.

Efectivamente, ya se oía el sonido lejano de sirenas.

—¡La patrulla de seguridad! —gritó Hilda—. ¿Por qué?

—Esa mujer necesita ayuda, Hilda. No estaba en su sano juicio.

—Pero si viene la patrulla de seguridad, encontrarán...

—¿Qué encontrarán, cariño?

—Encontrarán... —No le quedaba más remedio que decir la verdad—. ¡Encontrarán al perro!

Hilda le contó rápidamente a su madre la historia de Gominola tal y como Calvito se la había contado a ella.

—Ya veo. —Su madre se agarró a un perchero—. ¿Y dónde está ahora ese Gominola?

—En el comedor —le contestó Hilda—. Sentado en el sofá.

Su madre se dirigió a la puerta y asomó la cabeza al comedor. Se quedó pálida, pero consiguió mantenerse en pie.

Las sirenas de la patrulla de seguridad estaban más cerca. Gominola aguzó las orejas y abrió mucho los ojos.

—Ya está, ya está —le dijo Calvito—. Tranquilo, chico.

Pero lo último en lo que pensaba Gominola era en quedarse tranquilo.

El perro saltó del sofá y echó a correr, cruzó la puerta abierta y bajó la escalera.

—¡Gominola! —gritó Calvito—. ¡Vuelve!

Hilda y Calvito corrieron a la ventana y se asomaron. Gominola estaba en medio de la calle, rodeado de furgonetas con rótulos en los que ponía PATRULLA DE SEGURIDAD. Ladraba y gemía, con las orejas hacia atrás de miedo.

Un miembro de la patrulla disparó una red al aterrorizado perro. Falló el tiro, pero el sonido del disparo hizo que Gominola retrocediera, muy asustado. Los demás miembros de la patrulla levantaron sus pistolas de red al unísono.

—¡Que alguien haga algo! —gritó Calvito—. ¡Van a atraparlo!

De repente Hilda recordó la conversación que había mantenido en la comisaría.

—Mamá, tienes que ayudarnos —le dijo—. Tenemos que sacar a Gominola de la ciudad.





—¿Sacarlo de la ciudad? ¿Por qué?

—La patrulla de seguridad solo tiene autoridad en Trolberg. Si llevamos a Gominola fuera de las murallas de la ciudad, no podrán tocarlo.

Su madre dudó un instante, pero enseguida cogió las llaves del coche.

—Vamos pues —le dijo.

Hilda, su madre, Tantú y Calvito bajaron los escalones de tres en tres y salieron a la calle. Once patrulleros uniformados se giraron y los miraron.

La madre de Hilda corrió al coche y saltó al asiento del conductor. Hilda, Tantú y Calvito se metieron también dentro. El motor rugió, las ruedas giraron y el vehículo salió disparado en marcha atrás.

Calvito bajó la ventanilla y se asomó.

—¡Gominola! —gritó—. ¡Sigue al coche! ¡Vamos!

El perro saltó por encima de los miembros de la patrulla y siguió al coche de la madre de Hilda.

Los miembros de la patrulla se metieron en sus furgonetas y volvieron a encender las sirenas.

—¡Nos persiguen! —gritó la madre de Hilda pisando con fuerza el acelerador—. ¡Abrochaos el cinturón y sujetaos los sombreros!

# 17



Pasaron por delante de las tiendas, de la iglesia y del mercado. El coche de la madre de Hilda iba en cabeza, seguido de cerca por Gominola y la patrulla de seguridad. Los otros conductores se apartaban para dejar paso al veloz convoy.

—Gira a la izquierda, mamá —le dijo Hilda—. Podemos cruzar el río por el puente Ulvik.

Su madre movió el volante hacia la derecha y luego giró con brusquedad hacia la izquierda. Los neumáticos chirriaron, la parte de atrás se balanceó y el coche giró perfectamente.

—¿Dónde lo has aprendido? —exclamó Hilda.

Su madre le sonrió y dijo:

—Me encanta ver que aún puedo sorprenderte.

La estación de tren y la biblioteca pasaron a toda velocidad, como una mancha de ladrillos y cemento. Hilda se giró y vio que Gominola estaba llegando al coche. Casi tocaba el parachoques trasero con la nariz.

—¿Dónde estamos? —gritó Calvito.

—¡En la calle Fredrik! —le contestó Hilda—. La puerta de la ciudad está muy cerca. Creo que ya la veo... ¡OH!

El perro dio un gran salto y aterrizó en la parte de delante del coche. Abolló el capó y tapó totalmente el parabrisas.

—¡Gominola, sal de ahí! —le gritó Hilda—. ¡Mamá, frena!

—¡No puedo! —exclamó su madre—. ¡Los frenos no funcionan!

Calvito se giró hacia Tantú.

—¡Dame la mano! —le dijo—. Tenemos que trabajar juntos.

—¡Es demasiado peligroso! —replicó Tantú—. ¡Recuerda la paradoja Ehrenfest!

El coche se salió de la carretera, atravesó una valla y bajó por una pendiente. Hilda sacó la cabeza por la ventanilla para ver hacia dónde iban y enseguida deseó no haberlo hecho.

—¡Mamá! —gritó—. ¡Vamos directos a la muralla de la ciudad! ¡Vamos a chocar!

—¡Dame la mano, Tantú! —repitió Calvito—. ¡Ahora o nunca!

Los espíritus del hogar enlazaron los dedos y hundieron las manos entre los asientos del coche. ¡PLAF! De repente el coche y todo lo que contenía fue absorbido por el espacio de la nada.





A Hilda le zumbaron los oídos y sintió un fuerte dolor en el pecho. El espacio de la nada exterior no tenía nada que ver con el espacio de la nada interior. Aquí no había túneles de paredes oscilantes ni muebles acogedores. Era húmedo, oscuro y cavernoso. Y lo peor de todo era que faltaba el aire. Hilda se estremeció y se retorció, incapaz de respirar.

¡BUM! En un repentino estallido de luz y color, el coche salió disparado del espacio de la nada. Aterrizó en dos ruedas, rebotó varias veces y se detuvo en un campo embarrado. Hilda aspiró una deliciosa bocanada de aire.

Los ocupantes del coche se quedaron en silencio. Respiraron profundamente y se miraron unos a otros sorprendidos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la madre de Hilda—. ¿Hemos atravesado la muralla?

—Claro que no —le contestó Tantú—. Sería imposible.

—¿Dónde está Calvito? —gritó Hilda—. ¿Y dónde está Gominola?

Tantú suspiró.

—Seguramente a kilómetros de distancia.

—¿Qué? ¿Por qué no están con nosotros?

—Ha llegado el momento de que explique la paradoja Ehrenfest —dijo Tantú—. Imagínate un disco, un plato, un frisbee o algo así. Imagínate que el disco gira a la velocidad de la luz.

—Vale.

—Ahora imagínate a cinco ratones bebés sentados en el extremo del disco giratorio... y que un gigante parte el disco con un golpe de kárate.

—Vale.

—¿Crees que los ratones irían a parar al mismo sitio?

—No. Supongo que no.

—Bueno, así es la vida —dijo Tantú—. Parece que ahora no hay ningún nisse en tu casa...

Esa noche Hilda se tumbó en el sofá a terminar de leer *BOSQUES Y SUS ANTIPÁTICOS HABITANTES*. Twig se acurrucó junto al fuego, y su madre se sentó a coser en un sillón.

—Terminado —dijo Hilda cerrando el libro—. No es tan bueno como su libro sobre las cuevas, pero casi.

—Yo también he terminado —le dijo su madre sentándose a su lado—. He hecho algo para ti.

—¿El qué?

—Bueno —le contestó su madre—, he estado pensando en todas las insignias de los Gorriones Exploradores que se pueden ganar y me he dado cuenta de que no te dan ninguna por ayudar a un espíritu del hogar sin casa.

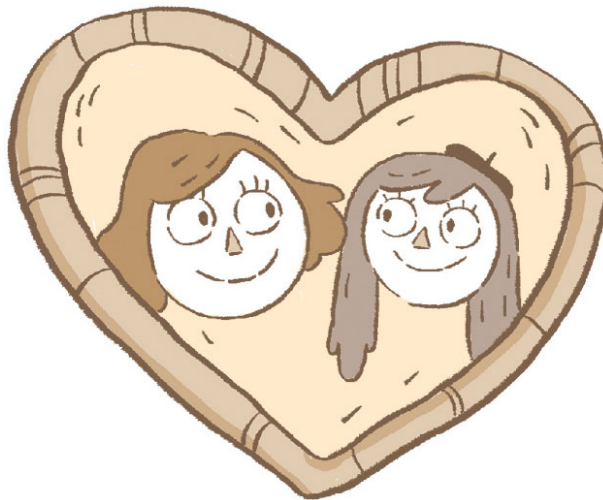
—Claro que no —le dijo Hilda—. Sería una tontería.

—Y no hay ninguna insignia por buscar un perro por el campo para rescatar a una guardia de tráfico que él se había comido.

—También sería una insignia tonta —le dijo Hilda—. Solo la ganaría yo.

—Supongo que a eso me refiero. —Se acercó y le dio una palmadita en la mano—. Eres única, Hilda, y no hay ni una sola insignia de los Gorriones Exploradores para ninguna de las cosas maravillosas que haces. Así que me he tomado la libertad de hacerte una insignia yo misma.

Su madre levantó el jersey de los Gorriones Exploradores de Hilda. En la parte superior de la manga, su madre había cosido una insignia con forma de corazón con una foto de Hilda y de ella.



—Es la insignia del amor —le dijo su madre, emocionada—. Muestra al mundo entero que eres la hija más amable, más valiente y más desinteresada que haya tenido una madre jamás.

Oh, no, pensó Hilda. ¡Qué vergüenza! Nadie debe ver esta insignia jamás en los Gorriones Exploradores.

—¡Gracias, mamá! —Le dio un beso en la mejilla—. Eres la mejor.

—Ejem —dijo una voz—. Lamento interrumpir este momento, pero vuestras bebidas están listas.

Tantú asomó entre los cojines del sofá con una humeante taza de chocolate en cada mano. Hilda y su madre cogieron una cada una.

Alfur apareció detrás de Tantú y corrió por el brazo de Hilda hasta su oreja con una diminuta libreta y un lápiz en la mano.

—Este es el comienzo de una edad de oro de la exploración para los elfos —dijo muy entusiasmado—. ¡Piensa en la cantidad de papeles perdidos que pueden haber caído en el espacio de la nada!

Hilda sonrió. También era el comienzo de una edad de oro de la exploración para ella. Ahora que había vencido el miedo a la bicicleta, los lugares a los que podría ir y las aventuras que podría vivir no tendrían límite.

—Mamá —dijo Hilda. Se le había ocurrido una idea emocionante—. ¿Crees que la tienda de campaña cabe en la cesta de la bici?

Su madre lo pensó y negó con la cabeza.

—No, es demasiado grande —le contestó—, pero supongo que podéis repartirla en tres bicis: la tuya, la de Frida y la de David.

La cara de Hilda se iluminó con una enorme sonrisa.

—Sí, podría funcionar —le dijo con el corazón acelerado de emoción—. La verdad es que podría funcionar muy bien.





**Stephen Davies** es un escritor británico que vive en Londres. Ha escrito para *The Guardian Weekly* («Letters from Burkina Faso») y para *The Sunday Times*, y es autor de varios libros para jóvenes lectores.



**Luke Pearson** se ha convertido en muy poco tiempo en uno de los principales talentos del cómic británico. Es el creador de los cómics de *Hildafolk* y de la serie original de Netflix *Hilda*.

